

LA ILUSTRACION

SUD-AMERICANA

PERIODICO ILUSTRADO DE LAS REPUBLICAS SUD-AMERICANAS

5º AÑO

Nº 112

DIRECTOR
RAFAEL J. CONTELL
La correspondencia á nombre del director

BUENOS AIRES, AGOSTO 16 DE 1897
FUNDADORES—R. J. CONTELL y F. M. CONTE

REDACTOR EN JEFE
RAMON M. DE IRIBAS
Los originales no se devuelven



BUENOS AIRES — EN EL PASEO DE LA RECOLETA
GRABADO DE A. BARCELÓ

LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA

PERIÓDICO ILUSTRADO

DE LAS

Repúblicas Sud-Americanas

FUNDADO EN 1892

EL MÁS PERFECTO EN TODO SUD-AMÉRICA

EDICION ARGENTINA

24 PAGINAS

APARECE LOS DÍAS 1º Y 16 DE CADA MES

EDICION URUGUAYA

24 PAGINAS

APARECE EN MONTEVIDEO LOS DÍAS 5 Y 20 DE CADA MES

PRECIO DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

CAPITAL	Año.....	\$ m/n	18.—
	Semestre.....		9.—
	Trimestre.....		5.—
INTERIOR	Año.....		20.—
	Semestre.....		10.—
	Trimestre.....		5.50
EXTERIOR	Año.....	\$ oro	9.—
CHILE y URUGUAY...			8.—

NÚMERO SUELTO \$ 1.25 m/n.

• ATRASADO • 1.50 •

TOMOS ENCUADERNADOS
DE LOS AÑOS 1893, 1894, 1895 Y 1896
\$ m/n 30 CADA UNO

Cosas y Quisicosas



Ni una nota saliente, ni una impresión simpática en la quincena: con languidez perezosa llegamos los ecos de transacciones, arreglos y componendas de la contienda uruguaya, ora retardando el consolador horizonte que nuestros deseos de paz formulan, ora precipitando las esperanzas de un «cielo sin nubes» en la política vecina: contradictorias informaciones agitan nuestro pensamiento, y el tema resulta monótono, girando en el estrecho circuito de parcialidades y banderías, ajenas a nuestra misión de cronistas.

Más felices augurios se promete la propaganda juvenil para la futura campaña presidencial; y si el poético ambiente en que se

.....se matizan
los prados de verdor, y se despierta
la fuente adormecida que murmura
al hálito implacable que la besa,

escomotoda poesía: sienta premisas ilusorias, y sobre tan deleznable base, la lógica rigurosa de los razonamientos es tan sólo cadenciosa palabrería. Perdónennos los ilusos: pero desengañados de la sinceridad política, ha tiempo que pensamos con Macaulay que «un buen gobierno, del propio modo que un buen vestido, es aquel que va y sienta bien al cuerpo a que se destina», y que, «quien con arreglo a principios abstractos decide que una constitución es buena sin conocer el pueblo que debe regir, da muestras de ser tan discreto como el sastre que tomara medida al Apolo del Belvedere para vestir a todos sus parroquianos».

Y la verdad es que el traje nos viene ancho casi siempre, y muy pocas veces ciñe nuestras carnes.

Esto no obsta, sin embargo, para que, dilatando aun más, se quiera reformar la Constitución

de la República, tarea en la que dejamos empeñados a nuestros representantes en el Congreso, al cerrar estas líneas, tema de discusiones que en fraternal coyunda va unido al futuro «problema del estanco» de algunas de nuestras industrias, que han tenido la virtud de desestancar la pacífica actitud de soñolinetas colectividades laboriosas en estas cosas de la gobernación pública.

¿A qué y para qué renovamos los cimientos de nuestra estabilidad? Están en el espíritu de los pueblos modernos, arraigadas estas inquietudes del porvenir, y sostenemos las dificultades futuras combatiendo las facilidades presentes de nuestra vida democrática ansiosos de «novedad», mil veces confundida con la felicidad.

Si vivimos, por lo tanto, en el mejor de los mundos posibles, ya que las «fuentes» del trabajo encuentran anchísimo campo para dar curso a su próspera corriente, el exceso de ventajas nos trae quizás disgustados con la monotonía implacable del bienestar, enfermedad de que se acusa a los hijos de la rubia Albión, y a propósito de lo que, un diario de Londres, nos refiere una curiosa anécdota que viene a cuento.

«Un inglés millonario fué acometido, el año pasado, del más insoportable *esplin*, a tales extremos, que no pudiendo sufrir el abrumador hastío que pesaba sobre su alma, se dirigió a casa del célebre doctor Lonfeldhonsner, con objeto de consultarle acerca de su enfermedad.

El doctor, después de haber examinado con detenimiento al paciente, le dijo:

— Estos desequilibrios morales, producidos por los placeres, sólo se remedian con la normalidad de la vida, ó sea con el trabajo y las privaciones, de modo que el dilema que a sus ojos de usted se presenta es el siguiente: ó morir de *esplin*, ó arruinarse, y por lo tanto, trabajar para vivir.

— Pues bien, quiero vivir, respondió gravemente el enfermo.

A lo cual replicó con alegría el doctor:

— *All right.*

Y dando un apretón de manos al millonario, se despidió de él.

El enfermo comenzó a derrochar su fortuna del modo más extravagante; comía lenguas de faisán que le costaban 15.000 libras esterlinas cada plato, tomaba baños de Champagne y bebía perlas disueltas en los más exquisitos licores.

Los parientes del enfermo, que estaban atentos a que muriera para heredar su gran fortuna, comenzaron a disuadirle de su descabellado empeño de arruinarse, y viendo que no podían conseguirlo por los medios normales acordaron darle una paliza mayúscula.

Con este objeto le tendieron una emboscada, en la cual cayó el incauto enfermo, y en el jardín de la casa de un tío suyo le molieron el cuerpo en tal forma, que le dieron por muerto.

Por la noche, los parientes colocaron su desmayado cuerpo en el arroyo, con objeto de que quedara impune aquel bárbaro atentado; pero el enfermo, que entonces lo estaba de veras, fué recogido por una pobre y piadosa familia que curó sus heridas y le volvió a la vida.

Cuando el millonario recobró la razón, se dice que exclamó lleno de júbilo:

— ¡Dios mío, gracias; ya soy feliz!

— ¿Por qué? — le preguntaron sus enfermeros.

— Porque antes no deseaba nada.

— ¿Y ahora desea usted algo?

— Sí.

— ¿Qué?

— ¡Dar palos!

— ¡Dios mío! — exclamaron las mujeres que le cuidaban, creyendo que estaba loco; pero el inglés las tranquilizó, asegurando que labraria su felicidad.

Ahora, el deseo de la venganza le ha quitado el *esplin*, y como sus parientes son más de treinta, el inglés discurre de este modo:

— Si doy una paliza cada año, puedo vivir treinta años dichoso.

En su escudo nobiliario ha mandado esculpir un garrote sobre campo de gules, en donde se lee: «El cetro de la dicha.»

Golpéanos también con rudeza espantosa, la propaganda de los niveladores contemporáneos, y el ruido de sus *proezas* nos ha herido en los más caros sentimientos. No hay palabras en el culto lenguaje de nuestras sociedades civilizadas para condenar con la debida energía los desvarios de esos apóstoles del anarquismo, ni rayos bastantes en la caldeada fragua de nuestra ira, para aniquilar a sus émulo y reducir a polvo sus planes criminales y sus dementes arrebatos homicidas.

Un estadista, una figura singular, cabeza indudable de la generosa raza latina en este siglo de lucha y de combates por los más discutidos problemas de la política, talento vigoroso y carácter magistral que dirigía los destinos del pueblo español, don Antonio Cánovas del Castillo, ha sido el nuevo mártir de la civilización contemporánea.

Traidoramente, la criminal y cobarde mano del asesino ha segado la vida del ilustre político cuando daba cima a uno de los más difíciles problemas coloniales del siglo actual: y como una sola voz, la altiva nación hispana ha lanzado un grito de horror, despertando a la humanidad entera del le-

targo en que la sumen *problemas interiores* y rencillas liliputienses de ambiciosas miras.

Y América y Europa confiesan la necesidad de un freno a tales licencias de propaganda. ¿Terminaremos el siglo sin un rasgo de energía? ¿Renunciaremos a las torpezas de una centuria, por mal entendidas libertades y sofisticas predicaciones en la cátedra, en el libro y en la tribuna popular?

El enemigo avanza, y nuestras armas enmohecidas no sirven. ¿Nos aprestaremos a la lucha?

Un eco de simpatía hacia la madre patria hispana ha sonado en todos nuestros círculos con motivo de tan tristísimo acontecimiento: eco y resonancia que se repiten al terminar nuestra crónica por el «recuerdo histórico» que se ha conmemorado, en el aniversario de la reconquista de Buenos Aires el 12 del mes actual.

Espanoles y criollos lucharon también entonces contra las perfidias del leopardo inglés: los tiempos pasan, y los odios se olvidan, y los pueblos, en íntimas relaciones amistosas, sólo recuerdan viejos acontecimientos de su historia, para unir y estrechar lazos con el que, con su sangre, sus leyes, su lengua y costumbres, les dió vida civilizada.

Por eso, en estos días, el generoso sentimiento argentino ha expresado sus votos por la prosperidad de esa nación española, siempre grande, siempre noble, entre los más rudos embates del largo infortunio que sacude sus más potentes fuentes de vigorosa resistencia, en su incuestionable «misión histórica» en el progreso humano.

Ya está entre nosotros el celebrado maestro de esgrima italiano, señor Pini, quien dará una sesión interesantísima en el teatro de la Ópera, en estos días: su visita al Club Militar, en la semana anterior y su asalto improvisado con el maestro del club, señor Panigazzi, despertaron el vivísimo interés de nuestros numerosos aficionados, que desean ver el elegante y difícilísimo juego del gran tirador.

De este modo, nuestra fama de superficiales irá cambiando, pues la escuela del notable esgrimista nos enseñará a *ir a fondo* con rapidez y prontitud, siempre que no lidiemos sobre el líquido elemento del mar; y nos acostumbra a «estocadas maestras» como la siguiente de carácter doméstico, que nos refiere la crónica chismográfica de uno de nuestros corrillos maldicientes:

Una señora encarga a su cocinera que le compre una gallina para obsequiar en la mesa a sus convidados.

De regreso del mercado, la cocinera enseña su compra a la señora, la que no la encuentra de calidad excelente.

— Cuando esté rellena de trufas — añade la cocinera — ya verá usted como el animalito hará buen efecto. Pasará lo mismo que cuando la señora se viste y se pone sus brillantes.

— ¿Qué me dices del Ateneo?

— Eso navega: ya ves, se ventilan cuestiones mar-ítimas.

— ¿Cómo así?

— La última conferencia se tituló: «El mar en la leyenda y en el arte».

— ¡Ah! ¿Y cómo estuvo?

— La *mar*... de ideas, dichas galanamente.

MARINO BRAIS

Recuerdos de la emigración argentina en Chile

CORRÍA la estación de verano entre los términos de los años 40 al 41, de aciaga memoria, cuando la emigración argentina, acosada por la cruenta persecución de los seides del tirano, en todo el territorio de la República, precipitábase al través de las nevadas cumbres de la Cordillera ó de los procelosos mares del Cabo de Hornos, según los puntos de donde se desprendía al alejarse de la patria buscando un refugio en la vecina República de Chile, muy floreciente entonces después de sus victorias en la guerra contra la Confederación peru-boliviana que terminó con la batalla de Yungay.

La emigración de las Provincias Unidas, entrando por todos los boquetes accesibles de la Cordillera, recalaba a Copiapó, al Huasco, a Coquimbo, a Santa Rosa, San Felipe y Santiago. Y una vez en territorio chileno, trasladábase cada cual a los centros de mayor movimiento, procurando dar con sus relaciones, ó con los medios de ocuparse, según su profesión, inclinación y aptitudes.

Por estas circunstancias que dominaban el movimiento de la emigración desde las márgenes del Plata, hasta las serranías de Jujuy, la llegada de los doctores Gabriel Ocampo, José Barros Pazos, don Gregorio Gómez con su sobrino Santiago Alvaro Calzadilla, don Carlos Lamarca y don José C. Borbón y las respectivas familias de estos dos últimos que, partiendo de Montevideo, doblaron el Cabo de Hornos en la barca sueca

Prudencia, coincidió en Valparaíso con la de los doctores Buenaventura y Andrés Ocampo, Vicente F. López, José Ignacio Castro Barros, Presbítero Vitaliano Molina, José María González, señor Asunsulo y muchos otros que, recalando a Copiapó y embarcándose por el puerto de Caldera, en los vapores *Chile* ó *Perú*, los primeros de la línea del Pacífico, subieron hasta Valparaíso, primer emporio marítimo y comercial de toda la dilatada costa sudamericana, en el Pacífico.

Encontrábase á la sazón en ese puerto, Mme. Storre, notable arpista francesa, que, precedida de una gran reputación, había organizado y daba en esos momentos una serie de conciertos, combinándolos para mayor interés, con la exhibición y rifa de lindos cuadros litografiados y grabados, de manera que con el boleto de entrada se tenía también la probabilidad de sacar uno de los cuadros.

Los conciertos ofrecían así un doble incentivo, aguzado además por los elogios del periodismo, especialmente de *El Mercurio*, que los redoblaba tras cada audición.

Demasiada tentación era esta para nuestros emigrados que á caza de novedades y ávidos de impresiones en la segunda y más activa ciudad chilena, aunque cortos de *bolsa*, dábanse trazas para gozar de los escasos espectáculos de aquella población.

Conocida la asistencia entre los emigrados que formaban el grupo íntimo del doctor Ocampo, dirigiéronse juntos al concierto tomando cada uno el boleto que valía \$ 2 plata.

En el primer entracte, adjudicáronse á los favorecidos por la suerte, los cuadros que les correspondían, tocando al doctor Barros Pazos un hermoso grabado—cuyo asunto era compuesto por dos negros lavaderos, en ejercicio del oficio—costumbres esclavócratas del Sur de Estados Unidos.

«Fatalidad» exclamó el doctor Barros al salir del concierto con el cuadro en la mano, y en medio de sus compañeros. «Continúa la mala suerte persiguiéndome hasta en la proscricción; y aún ganando en lotería, he de salir perdiendo. ¿Habrás sarcasmo igual como caerle á un negro tan africano premio. (1) ¿Si será cierto lo de la simpatía en las corrientes magnéticas?»

Con estas y otras hiperbólicas ocurrencias á lo Quevedo, llegábamos al domicilio, él, el único premiado, lamentando tamaña desgracia, y los demás que nada sacamos, celebrando á carcajadas esa misma desgracia.

Era el doctor Barros de un carácter muy jovial; tenía tal dosis de filosofía que lo habilitaba para estar siempre de buen humor. Nada lo alteraba; y era entre los emigrados el que alentaba con sus consejos á los que desfallecían, disipando con sus bromas y felices ocurrencias, las penas y las tristezas ¡ay! demasiado propias, siendo patrimonio obligado de la proscricción en todos los países y en todos los tiempos.

Al día siguiente, todos estos señores emigrados hospedados en casa del doctor don Ramón Ocampo y á quien también se esperaba con los demás hermanos que debían llegar de Copiapó, estaban invitados á comer en casa de don Domingo García, cuya esposa era parienta del doctor Barros. Acercándose la hora (5 p. m.) advertímonse á éste que, como asaltado súbitamente de una idea, dijones:

—«A propósito! ¿qué le parece, mi amigo, si destináramos á la señora de García este cuadro?»

—«Muy bien, doctor, el grabado es de mérito, aunque el asunto sea trivial».

Y diciendo y haciendo, pusímonos á enrollar el cuadro que teníamos allí mismo.

El doctor Barros, haciendo un ademán, dijones: «Poco á poco, mi amigo, no hay que apurarse; no vamos á llevar los negros así á secas no más. Si usted quiere escribir, hagamos una dedicatoria.»

«Perfectamente, doctor; y tomando una pluma, pues estábamos en el escritorio mismo de la casa comercial del señor García, «cuando usted guste» dijimos.

El doctor Barros, pasando sucesivamente ambas manos por el rostro, como era su costumbre, cuando meditaba, dictónos con toda lentitud, pero sin trepidar ni variar una sola palabra, la dedicatoria que al terminar la comida y ya en las expansiones del champagne con recuerdos á la patria, y presentando el cuadro á la señora de García, leímos siempre á pedido del autor, con grande aplauso de los comensales, especialmente del doctor Ocampo que tenía, de los talentos y del estro del doctor Barros la más alta opinión como sincera y cariñosa era la amistad que le profesaba, el siguiente

SONETO

Negro he sido y seré toda mi vida;
Negra ha sido y será siempre mi estrella;
También es negra, pero negra bella, mi Leocadia querida (2)
Porque desde la cuna persiguióme cruel negra fortuna;

Mi acongojado corazón devora negra melancolía,
Y habiendo ido á jugar la lotería,
Por engañar la pena que me acosa,
Salió de entre blancos negro boleto,

Que ennegrece este cuadro por completo.
Quiso entonces la negra suerte mía,
Darme en cambio de dos áureos escudos.

Esos dos negros feos y trompudos,
Que otro negro le envía, querida prima,
A usted, que de negros hace buena estima. (3)

S. N.

«EL EXTRAÑO»

ÚLTIMA MODA DE PARÍS

El mérito indisputable del señor Reyles y la novedad exótica de su arte de escribir novelas me mueven á discurrir también por extenso sobre su segunda *academia*, titulada *El extraño*, y á juzgar, por varias razones, muy interesante este estudio.

Ya se entiende que si yo no creyera en el valer literario del señor Reyles, nada bueno ni malo diría acerca de sus obras. Si las censuro es por creer que el autor vale, aunque anda harto extraviado.

Su extravío proviene de la ya mencionada enfermedad epidémica, nacida del menosprecio con que miramos á nuestra nación ó á nuestra raza, y que se nota, por fortuna, más que en España, entre los escritores hispano-americanos. Consiste la enfermedad en cierto candoroso y desahogado entusiasmo por la última moda de París en literatura, como si en literatura estuviesen bien las modas y como si en literatura se fuese progresando siempre, como se progresa en cirugía ó en química y mecánica aplicadas á la industria.

Sin duda que, en mi sentir, nadie ha escrito hasta ahora una más hermosa novela que el *Don Quijote*, aunque yo no niego que podrá un día escribir alguien otra mejor novela; pero esta mejor novela no lo será porque se haya progresado, sino porque Dios ó la Naturaleza, la Providencia ó el Acaso, hará que nazca, en Rusia, en Suecia, en Francia, ó quien sabe dónde, un novelista más ingenioso, más profundo y más ameno que Miguel de Cervantes.

De todos modos, la mejor novela que hoy se escriba, no lo será porque se funde en una estética recién descubierta, y porque se ajuste á determinados procedimientos á la última moda de París, sino que será la mejor novela por la propia, libre y tan poderosa como juiciosa inspiración de quien con entendimiento tan sano como grande acierte á escribirla.

Yo no entiendo de música é ignoro lo que podrá ocurrir en lo futuro con relación á la música; pero sobre literatura, aunque también entiendo yo poco, entiendo lo bastante para estar segurísimo de que no es dable en cierto sentido la literatura del porvenir. Se cae de su peso que la literatura, reflejo de creencias, doctrinas, costumbres y leyes, aspiraciones, temores y esperanzas de cada época, varía tan á menudo como varían todas estas cosas en el seno de la sociedad humana. En este sentido, la literatura del siglo XVIII, con relación á la del siglo XVII, fué literatura del porvenir, y la del siglo XIX lo fué con relación á la del siglo XVIII, y la del siglo XX lo será con relación á la de nuestro siglo; pero no es esta perogrullada lo que quiere expresarse cuando se habla hoy de literatura del porvenir. Lo que quiere expresarse es la aparición de escritos tan profundos y sutiles que los de Homero, Dante, Virgilio, Ariosto, Shakespeare, todos nuestros grandes dramáticos y los dramáticos griegos, en suma, cuanto hay de conocido hasta ahora y puesto en letra de molde, sea fruslería insubstancial, superficial y epidémica, que de tal la califica el señor Reyles, comparado con lo que ya se va escribiendo y con lo que se escribirá en adelante, si Dios no lo remedia, ajustándose á los patrones, cánones y moldes que vienen de París, ora inventados, ora aceptados y autorizados allí, aunque vengan de Alemania, de Rusia ó de Suecia.

Todavía hay en este nuevo arte literario que el señor Reyles sigue, algo que me choca más que la supuesta superioridad de las obras, por virtud de progresivo desarrollo. Lo que me choca más es el propósito de que las novelas, cuentos, *academias* ó como quieran llamarse, no se han de escribir para deleitar y pasar agradablemente el tiempo con su lectura, sino para mortificar, aterrar y compungir á los lectores, como con una pesadilla tenaz y espantosa.

Y si esto fuese para hacernos aborrecer el mundo y todas sus pasiones, alborotos, pompas y vanidades, el caso tendría explicación, salvo que yo, en vez de llamar novelas á los libros que así se escribiesen, los llamaría obras ascéticas, materia predicable, homilias ó libros de moral severa y adusta, como *Los gritos del infierno*, los *Casos raros de vicios y virtudes*, las *Agonías del tránsito de la muerte* y los *Estragos de la lujuria*.

Por desgracia, esta literatura á la moda no pue-

de ser así, porque para ella la moral, si la tiene, no se funda en ninguna religión, ni en ninguna metafísica, y el vicio y la virtud vienen á ser productos tan naturales y tan inevitables como el vitriolo y el azúcar.

Tampoco me conformo con los tipos ó personajes que surgen de tales doctrinas, que las profesan, y que así ellos como el autor que los ha creado, entienden que son refinadísimos, exquisitos, aristocráticos de una flamante y peregrina aristocracia, y en todo superiores á los rastreros, vulgares y tímidos burgueses.

La segunda *academia* del señor Reyles saca á la palestra y pone en acción á uno de esos disparatados seres sublimes, llamado Julio Guzmán. El autor, en mi opinión, aspira á que admiremos á su héroe; pero sólo logra que nos parezca insufrible, degollante y apesoso. Es cómica, sin que el autor lo quiera, la pretensión de hallar inauditas novedades en los refinamientos y quintas esencias con que la moderna cultura presta hechizos supremos á la lascivia.

Yo entiendo, y todo el mundo entenderá lo mismo, si bien lo recapacita, que en el vicio mencionado, así como en todos los demás, no ha habido el menor progreso desde las edades patriarcales. Lot y sus hijas, Dina y el príncipe de Siquén, los habitantes de Pentápolis, la señora de Putifar y los caballeritos *dandys* y *gomosos*, que vivían en Bactra, en Ur ó en Menfis, sabían cuanto hoy pueden saber en punto á voluptuosidades todas las ninfas de París y sus mantenedores y parroquianos. Cuando uno recuerda á Oala y á Oliba de Ezequiel, la *Nana* de Zola es una paloma sin hiel, es una inmaculada cordera. Y cuando uno trae á la memoria los linimentos, pomadas, aromas, afeites, mudas, untos y frotaciones, con que durante un año iban adobando á las más lindas muchachas antes de presentarlas al rey Asuero, todos los refinamientos, primores, adornos y zahumerios de que puedan valerse las más alambicadas ninfas de París, son la propia ordinareiz y la más vulgar *curtilonería*.

Las artes *cosméticas* é indumentarias y todas las demás invenciones, trapacerías y mañas, provocantes y fomentadoras del erotismo, habían llegado á la perfección hace más de tres mil años y desde entonces nada han adelantado. El más curtido y experimentado en amores de todos los mozalbetes que viven en París, no podría describir con mayor exactitud que el divino Homero los medios de seducción de que se vale una mujer para engañar, enloquecer y adormecer á su marido ó á su amante. Digaseme si Juno no estaba bien industriada en todo ello, cuando para encender en deseos frenéticos el corazón de Júpiter, se puso el cinturón de Venus y subió á la cumbre del Gárgaro. Onfale hizo hilar á Hércules; Dalila cortó á Sansón los cabellos y Elena suscitó una guerra espantosa que duró diez años. A ver si estas señoras, y muchas otras de que están llenas las historias sagradas y profanas, no sabían dónde apretaba el zapato, en cuanto se refiere al arte cuyas reglas fundamentales puso Ovidio en verso.

Pero volvamos á Julio Guzmán el *extraño*, y pongamos término á las divagaciones.

El suceso que presta asunto á la novela ó *academia*, es harto frecuente en la vida real. Durante la mía, que ya no es corta, he visto yo docenas de casos parecidos: una mujer que, ya por una razón, ya por otra, casa ó se propone casar con su hija, con su sobrina ó con su hermana, al hombre de quien está ó estuvo enamorada y con quien tiene ó tuvo poco castas relaciones. Esto, aunque frecuente, es bellaquería de marca mayor que nunca debe disculparse: pero menos disculpa tiene el arrepentirse por tan desmañada manera, que el galán á quien quiere casar su enamorada, mate á disgustos ó poco menos, así á dicha enamorada como á la novia que le ha buscado. Y todo ello por exceso de amor, porque él está prendado de ambas y porque se encuentra, aunque sea innoble comparación, que suplico se me perdone, como burro entre dos piensos.

En resolución, Julio Guzmán, á quien su querida Sara se allana á casar con su hijastra Cora, se arregla de suerte que causa la infelicidad de Cora y de Sara y se queda sin la una y sin la otra. No debiera, pues, llamarse Julio Guzmán, sino Pedro Urdemalas. Lo cierto es que en esta *academia* de *El extraño* todos son infelices. ¿Y cómo no ha de serlo el *extraño*, y cómo no ha de hacer infelices á cuantos le rodean y á cuantos se interesan por él, cuando es víctima de una vanidad ridícula y de las más indigestas doctrinas pesimistas, materialistas y ateístas?

Y es lo singular que, después de todas mis censuras y después del mal efecto que me produce la multitud de insufribles galicismos que hay en *El extraño*, todavía persisto en ver en el autor muy notables prendas de novelista. Sólo las deslucé la manera de escribir á la última moda y de imaginar que hay novedad y mejora en ello.

Hasta el desencanto, la desesperanza y el hastío que pueda tener Julio Guzmán, valen poquísimo, en comparación de los que tres mil años antes tuvo Salomón, según el *Ecclasiastes*.

Afortunadamente, en nada malo hay novedad, ni cabe progreso. Tal vez pueda haber novedad y tal vez quepa el progreso en lo bueno. Si la literatura del porvenir así lo entendiese y así lo buscara, más razón tendría de ser y yo no me

(1) Los que conocieron al doctor Barros Pazos saben que su tez era de un color moreno muy acentuado.
(2) Preciosa morena esposa del doctor Barros Pazos.

(3) La señora de García era blanca y muy rubia; pero él y sus hijos, especialmente el mayor, eran de la misma tez del poeta que así los pinta.

atrevería a censurarla. La censura, porque hace lo contrario.

Aun en los tiempos en que la mente humana imaginaba divinidades tiránicas y crueles, los grandes poetas, sobreponiéndose a la desconsoladora creencia, buscaban y hallaban un final desenlace, trascendente y dichoso, para sus tragedias más horribles, dejando a la Providencia justificada y glorificada. Así Minerva ahuyenta a las Furias y devuelve a Oreste la paz del alma, y así Prometeo es libertado y salvado por el hijo mismo del dios que tan horriblemente le castigaba.

JUAN VALERA.

EL REY NALVILLOS

(Conclusión.)

IV

Desde aquel día, sin que Nalvillos acertase a darse satisfactoria explicación de ello, es lo cierto que notó disgusto en su esposa, la cual, a las preguntas cariñosas que sin cesar él la dirigía, invariablemente contestaba con evasivas, o cuando más, alegando tiernos recuerdos de su país y deseos de morar en Talavera.

A su vez, abochornado Jezmin por el desairado papel que la mayor destreza de su rival le había hecho representar en pleno día y ante la faz de un pueblo entero, sintió avivarse dentro de su pecho los mal apagados odios que concibiera al verse ganado por la mano la mujer con quien soñó, y juró de nuevo vengarse.

Entretanto el bondadoso y complaciente esposo de Aja Galiana, tratando de distraer a ésta, había comprado a un tal Faismán, rico moro residente en Avila, una granja situada dos millas al norte de dicha ciudad, magnífica posesión, con huertas, alamedas y jardines que aún hoy es conocida con el nombre de Palazuelos.

En aquel delicioso retiro, donde Nalvillos había hecho construir un suntuoso palacio con baños, y cuantas comodidades permitía la época en que estos acontecimientos se desarrollaban, pasaba Aja Galiana largas temporadas, acompañándole frecuentemente las más distinguidas damas de Avila; pero cuando tan que jamás se vio allí a Arias Galinda.

V

Como por este tiempo anduviera el rey don Alfonso en empresas guerreras contra los moros de Ali-Abul-Hassán, sucesor de su padre Yussuf, que, como es sabido, llegó a enseñorearse de la España musulmana, venciendo a todos los reyezuelos moros que antes le habían adulado, excepto al emir de Zaragoza a quien respetaba en gran manera, y apoderándose al propio tiempo de algunos territorios pertenecientes al monarca castellano, tales como Cuenca, Huete, Ocaña y otros pueblos que le había traído como dote la hermosa Zaida, hija de Aben-Abed, el de Sevilla, y mientras Rodrigo Díaz de Vivar (el Cid Campeador), Albar Yáñez y otros, batallaban en el reino de Valencia y Castilla la Nueva; diversas huestes de Castilla la Vieja y León afianzaban sus

conquistas hasta los confines de Aragón, recobrando tierras perdidas de Toledo.

En 1104 y 1105 salieron por primera vez a campaña las de Avila, asegurada ya su repoblación, dirigiéndose contra el emir de Zaragoza, al mando del proveccto Sancho Sánchez Zurraquínez y de los jóvenes Nalvillos Blázquez y Blasco Jimeno, Rodrigo Alvarez y Zurraquín Sancho, que con 300 caballeros más, alcanzaron señalados triunfos y recobrando algunas poblaciones del poder de los infieles, entre otras Cuenca y Ocaña, de las cuales fueron nombrados gobernadores respectivamente, Blasco Jimeno y Fortin Blázquez.

Convenidas después treguas, Nalvillos y Zurraquín Sancho pasaron a Toledo, donde fueron muy bien recibidos y espléndidamente recompensados por el monarca, que concedió al primero la guarda del importante castillo Roguero y al segundo, entre otras fincas, la dehesa que todavía hoy lleva su nombre, en tierra de Avila.

Los hechos de armas en que Nalvillos con su hueste tomó parte en este periodo, son innumera-



DON ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

EMINENTE ESTADISTA ESPAÑOL

† en Santa Agueda el 8 del actual

bles, y ellos le acreditaron de valiente hasta la temeridad en guerra franca, de hábil en la de emboscadas, de capitán experto y denonado siempre. En uno de aquellos frecuentes encuentros que casi a diario tenían lugar entre las gentes que, de una parte, guarnecían la fortaleza de Avila y los castillos que, formando un cordón defensivo de la frontera, dieron nombre al territorio (castillos, en latín «castellæ», de donde se derivó *Castilla*), y de otra los inquietos moros que sin cesar hostilizaban a aquéllos cuando les juzgaban más desprevenidos, resultó herido nuestro héroe, después de haber producido gran mortandad en sus enemigos y de restituir la libertad a setenta cristianos cautivos que aquéllos llevaban consigo.

En Palazuelos pasó el tiempo de su convalecencia, al lado de su esposa, cuyo desvío iba haciéndose por momentos más y más ostensible. A los sufrimientos físicos que le producían sus heridas, juntábanse los acerbos dolores morales que le causaba el desamor de la mujer idolatrada, de aquella para quien él ambicionaba honores y riquezas y que apenas si se dignaba otorgarle una mirada en la que no era posible distinguir si brillaba el odio mal comprimido y el deseo de que, agravándose la enfermedad, la librase de una vez de su enojosa presencia, o la sufrida resignación del error o del desencanto. Como quiera que fuese, el infeliz Nalvillos veía claro que todo había concluido para él en el corazón de aquella deidad por la que hubiera sacrificado mil veces la vida; y no fué sin pesar que vió cómo mejoraba rápidamente de las heridas del cuerpo a medida que las del alma se hacían cada vez más profundas y enconadas.

¿Qué era menester pensar de la actitud de Aja Galiana? ¿No le había aceptado con entera liber-

tad y ella misma pedido el bautismo, allanando el único obstáculo que pudiera oponerse a su unión?

Al acceder a ser su esposa, ¿había procedido por amor, o halagada simplemente por ilusiones ambiciosas nacidas a la sombra del favor de que disfrutaba Nalvillos cerca de la Infanta y que dejaba entrever un brillante porvenir? Imposible adivinarlo.

Tal vez fué sólo una ligereza; quizás seducida por el brillo de la posición y grandeza que alcanzaba uniéndose a Nalvillos, y juzgando fácil desterrar de lo íntimo de su ser la natural aversión de raza, fué a un enlace que la repugnaba.

Posiblemente también sin la presencia de Jezmins, y sin el accidente de la caída de éste, hubiera continuado en inconsciente sumisión, haciendo la felicidad de su amante esposo; mas la vista de aquél y la actitud del pueblo cristiano ante el resultado del espectáculo, despertaron acaso en su corazón afecciones y odios adormecidos u olvidados; verosimilmente, Jezmin, desoyendo las voces del deber y del honor, para darsatisfacción tan sólo a su capricho y burlando al amigo, al huésped y al caballero, coadyuvó con la insinuación amante, con la evocación del tierno recuerdo, con el reproche, la súplica o la amenaza, a turbar la paz honesta de la mujer de Nalvillos y a destruir la felicidad de un hogar tranquilo, en el que, a

biendas del daño que iba a causar, no titubeó en introducirse como el reptil, arrastrándose por caminos sinuosos, siguiendo una vez más las innobles tradiciones de su maldecida estirpe.

VI

En 1107 murió, en 26 de Marzo, en Grajal de Campos, don Ramón de Borgoña, y en 30 de Junio de 1109, en Toledo, el rey don Alfonso, tras los pesares que le produjeron la derrota de Uclés y la muerte en el mismo campo de batalla, de su hijo Sancho, niño que sólo contaba once años de edad.

Jurada reina de Castilla, León y Galicia, doña



REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY, MONTEVIDEO — LA ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS
(Fotog. de L. Pastorino)

Urraca, única hija legítima de don Alfonso, y reconocido por heredero del trono el tierno infante Alfonso Ramón, hijo del de Borgoña y nacido en 1103, en Caldas, de donde se apellidó más adelante esta población Caldas de Rey, concertóse, por razón de Estado, el casamiento de aquella con don Alfonso I de Aragón.

Desde el castillo Roguero, donde se encontraba, marchó Nalvillos, como buen cortesano, á ofrecer sus respetos á los nuevos monarcas y hacerles sus presentes. A su regreso traía el nombramiento de Gobernador de Avila, con que había sido honrado por la real munificencia, además de riquísimos regalos que doña Urraca le había entregado para su abijada y antigua pupila, que había quedado en Palazuelos.

VII

Alentados, entre tanto, los moros, con el resultado de la batalla de Uclés, y aprovechando la oportunidad de haber muerto don Alfonso; enorgullecidos, por otra parte, con el apoyo que podía prestarles el ejército de Ali, habían realizado algunas audaces correrías; y, por lo que toca á los de Talavera, habíanse alzado, proclamando su rey á Jezmin Yahia.

Este, siempre apasionado de la mora conversa de Avila y quizás en tratos secretos con ella, destacó algunas de sus gentes, que fingieron un ataque á la ciudad de Avila, mientras él se presentaba de improviso en el retiro de su amada, y favorecido por la obscuridad de la noche, contando además con la complicidad de una de las doncellas moras que se hallaban al servicio de la esposa de Nalvillos, huyó con ésta, corriendo á refugiarse á Calatrava la Vieja, por el momento, y después á su palacio de Talavera.

Al regresar Nalvillos satisfecho y gozoso, pensando sorprender á su mujer con la distinción que los nuevos monarcas acababan de

otorgarle, al poner bajo su mando y autoridad, no sólo el territorio de Avila, sino también los de Segovia, Arévalo y Olmedo, cuyos jefes le queda-

ban supeditados, como tenientes, y proyectando mil empresas que acreditasen que sabía hacerse digno de los favores reales y, lo que más él ansia-

ba, que reavivaran, á ser posible, el afecto amoroso de su querida Urraca, decaído de una manera tan rápida como inesperada, experimentó violentísima, horrible sacudida al enterarse de lo acaecido, que, por cierto, ni á su madre, ni á su cuñada, como ni á otras muchas damas, de aquellas sobre todo que más frecuentemente acostumbraban visitar Palazuelos, extrañó gran cosa, pues ya habían empezado á sospechar la inteligencia en que andaban secretamente los fugitivos.

Anonadado, sin saber qué partido adoptar por el momento, pronto se sobrepuso al dolor inmenso que suceso tan deplorable le producía.

Dueño de si mismo, después de los primeros instantes de inevitable aplanamiento, como hombre de corazón, haciéndose superior á su desgracia, marchó á Avila, tomó posesión de su gobierno, dictó las órdenes más oportunas á fin de evitar sorpresas á la ciudad y sus fuertes por parte de las revueltas turbas mahometanas, y reuniendo luego algunas tropas, aprestóse á vengar el grave y doble ultraje cometido por Jezmin contra los reyes sus protectores, de una parte, tratando de usurparles sus derechos sobre un pueblo, y á él arrebatándole la esposa.

VIII

Pocos días llevaban Aja Galiana y Jezmin disfrutando de sus adúlteros amores, juzgándose invulnerables en Talavera, cuando una mañana avisaron á la fugitiva mora de Avila, sus doncellas, que al pie del palacio había un extranjero vendiendo yerbas para curar todas las dolencias del cuerpo y del espíritu y entre ellas una que servía para olvidar y provocar el olvido de la persona ausente.

Aja Galiana, que no podía por menos de estar intranquila pensan-

COLEGIO NACIONAL DEL URUGUAY



MONUMENTO Á URQUIZA, LARROQUE Y CLARK

do en su marido y temiendo que en el momento menos pensado se presentase en Talavera a retar a Jezmín, encontró deliciosa la idea de semejantes bebedizos y movida de curiosidad, acercóse a una ventana presenciando el alboroto que las gentes del pueblo movían alrededor del extraño vendedor que tasaba su mercancía en precios elevadísimos.

Mandó llamar con uno de sus sirvientes, y cuál sería su asombro al encontrarse un instante después en presencia de Nalvillos, el cual valiéndose de aquel disfraz, había pasado inapercibido ante los encargados de la vigilancia de las puertas de la ciudad!

A punto estuvo de desmayarse; mas rehaciéndose vivamente, precipitóse a los pies de su esposo, y con las manos juntas le imploró que se marchase, si no quería morir a manos de Jezmín, que no tardaría en volver.

—¿Y de qué me sirve la vida sin tu amor? la interrumpió el desgraciado.

—¡Marchate!

—¿Y tú? ¿Me sigues o te quedas?

—¡Marchate, Nalvillos, o teme a Jezmín!

—¡Ah! ¡Todo ha concluido para mí, desde que me faltas tú! ¡Pues bien, no, no me voy.

—¡Nalvillos, por Alláh, vete!

—Te he dicho que no.

—¡Vas a morir!

—¡Bueno; moriré!

Unos golpes dados con cautela en una de las puertas del salón donde esta escena tenía lugar advirtieron a Aja Galiana la llegada de su amante.

—¡Escóndete, por piedad!

No poco trabajo costó que Nalvillos se aviniese a entrar en una habitación contigua.

Cuando apareció Jezmín, Aja Galiana ya se había serenado.

—¡Alláh te guarde, ángel de amor y de gracia! —dijo, saludándola el moro, al tiempo que se acercaba para abrazarla. —El cielo está en tus ojos, blanca paloma, más blanca que la yegua árabe!

Y cogiéndola una mano y ciñendo con su brazo la airosa cintura de la morita gentil, la atrajo blandamente hacia un diván, donde durante algún rato se entregaron a todos los excesos de su loca pasión.

Fascinada Aja Galiana con las caricias de Jezmín, olvidó por completo el amor de su marido, y queriendo demostrar al amante que todo lo posponía y todo lo sacrificaba a su cariño, en uno de sus transportes le preguntó:

—¿Qué darías al que te entregase a Nalvillos?

—¿A qué viene esa pregunta? replicó él. —¿No sabes, acaso, que Nalvillos es un excelente agorador, y no caerá tan fácilmente en mi poder?

—Sí me dieras algo, yo te lo entregaría, —añadió Aja Galiana.

Pero Jezmín echábase a broma, y juzgando que no era posible que su amada pudiera entregarle, como decía, a su marido, contestó que daría la mitad de su señorío a quien le entregase a su rival.

Entonces ella mostrósele y Jezmín le hizo prender.

—No te valieron tus *aves* (1); y puesto que en mi poder te tengo, comprenderás que no he de dejarte escapar. Pero quiero que me contestes a una pregunta antes de morir. ¿Qué muerte me darías si fueses tú quien me tuvieras en tu poder?

—Pues he de morir —dijo Nalvillos con la mayor tranquilidad— no te negaré la verdad. Tan grande es la deshonra que me has causado, que si yo te tuviese en Avila, te mandaría sacar al más alto lugar que hubiese en las afueras y haría echar pregón para que todos, hombres y mujeres, fuesen a presenciar mi venganza. Mandaría que llevasen mucha leña al lugar señalado, y allí te haría quemar vivo.

—¡Por la ley en que yo creo, esa muerte tendrás tú! contestó el moro.

Inmediatamente mandó llevar mucha leña al sitio más elevado de los alrededores, é hizo pregonar la ejecución de Nalvillos para que todos, hombres y mujeres fuesen a ver morir al cristiano que les había hecho tanto mal.

Acudió el pueblo en masa y allá se encaminaron también Jezmín y Aja Galiana.

Cuando ya estaba todo preparado, pidió Nalvillos al moro que le permitiese tocar una bocina que traía pendiente al cuello. A esta señal, los caballeros que habían acompañado al adalid avilense y que estaban emboscados a la proximidad, precipitáronse sobre la multitud, que como había salido de la ciudad en son de fiesta, hallábase desprevenida sin armas, é hicieron gran matanza.

Tornáronse los papeles y el lugar destinado a Nalvillos lo ocupó el soberbio moro.

Recuperóse sin más trabajo Talavera y sin pérdida de tiempo emprendió Nalvillos el regreso, llevando consigo a su mujer, a la que hizo quemar cerca ya de Avila, juntamente con una de las doncellitas moras, llamada Fatimilla, que había sido la confidente de aquellos adúlteros amores.

Si hasta entonces habíase distinguido Nalvillos

(1) En el vuelo de las aves, leían ó creían leer los que se tenían por agoreros, el porvenir.

en toda suerte de hechos de armas, de allí en adelante, privado de todo género de afecciones tier-nas, embotado su corazón con el rudo golpe sufrido y estimando la vida propia más bien como pesada carga, desde el momento que no podía borrar de su memoria la historia de su desdicha; durante los pocos años que vivió, las empresas en que tomó parte están marcadas con un sello de temeridad sorprendente.

Siempre luchando contra los moros, internóse hasta Sierra Morena, haciendo prodigios de valor y ganando a sus enemigos cuantiosísimas riquezas.

Los servicios que prestó al monarca, a la causa de la reconquista y a sus conciudadanos fueron inmensos, no habiendo moro en toda la región central de la península que no le conociese ni dejase de pronunciar con temor su nombre, ni cristiano que no le respetase y no admirase su valor en la pelea y su prudencia en el consejo y en la gobernación del extenso territorio puesto bajo su férula.

La influencia y el prestigio que logró alcanzar fueron tales, tan grande la veneración que con sus excepcionales dotes supo captarse, y tan desmesurado su poderío, que en muchas de las crónicas de aquellos tiempos designábase con el nombre de «el rey Nalvillos».

ENRIQUE BALLESTEROS.



DESALIENTO

En las tardes brumosas del invierno,
Cuando el sol taciturno, paso a paso,
Va cayendo en las sombras del ocaso
Como envuelto en las llamas de un infierno,

Abro las mustias alas y me cierno
Por la infinita bóveda al acaso,
Falto de luz y de vigor escaso,
Presa de las nostalgias de lo eterno.

Y subo, subo, y cuando el ojo mío
Descubre entre los velos de la noche
Mi supremo ideal, en el vacío,

Una mano brutal mis alas cierra
Y caigo... sin un ¡ay! sin un reproche
Sobre el fangal inmundo de la tierra.

JULIO FLOREZ.

EL MOVIMIENTO FEMENINO

Se habla y se habla sin cesar de este «movimiento femenino», que ayer mismo no era sino objeto de burlas. No digo que haya desaparecido toda ironía de los artículos de periódico ó de revista, redactados por hombres; pero preciso es agregar hoy a esta ironía alguna nota seria.

Hay ideas que de este modo se imponen repentinamente a la atención general, después de haber sido dilucidadas durante mucho tiempo, durante largos períodos de desvarios y delirios profundos.

De la ironía, por otra parte, nada hay que esperar, y más vale examinar estas cuestiones, si no con solemnidad pontificia, por lo menos con entera buena fe.

Desde hace ya algunos años, profesiones que antes estaban absolutamente reservadas al sexo fuerte, son ejercidas por mujeres. Primero se propusieron seguir las carreras liberales y está ya bastante lejano el día en que la Facultad de Medicina otorgó su diploma a la primera doctora.

¿Le dió ese diploma la independencia anhelada por las emancipadoras?

Es muy dudoso.

Le confirió sencillamente, como a sus barbudos colegas, con el derecho de curar, si es posible, las dolencias de sus hermanas y hermanos en humanidad, la libertad de buscar una clientela suficiente, y a falta de esta clientela la libertad de morir de hambre, lo mismo que una mortal cualquiera, a pesar del pergamino que tenía en su bolsillo y que daba fe de su ciencia.

Otras, no obstante, siguieron el ejemplo; la reformadora hizo prosélitos, y hace mucho tiempo que una doctora no es ya para nadie objeto de asombro.

Pero no pararon aquí las cosas. El movimiento se aumentaba, y pronto se empezó a reclamar la admisión de las mujeres en la administración pública. Esto no se admitía sin controversias y discusiones infinitas. La rutina constituía un obstáculo difícil de salvar.

Hoy es cuestión resuelta. Ellas han sido admitidas en muchos servicios importantes.

Los correos, la administración central de la caja de ahorros, y otras administraciones, emplean mujeres, y solamente una cuestión de pura fórmula impide aun a los ministerios darles entrada a sus oficinas.

¿Por qué, en efecto la administración, como dicen en Francia, unos con énfasis, otros en tono de burla, ella que es la alegría no exenta de malicia, se ha de negar a aparecer liberal é igualitaria, pudiendo realizar a la vez apreciables economías? Porque a esto era a lo que yo quería venir a parar.

Al abrir el Estado sus oficinas a las mujeres, no les ha abierto también generosamente su bolsa.

En igualdad de trabajo, en funciones semejantes, las mujeres son menos remuneradas que sus colegas masculinos. El ostracismo tiránico de que se quejaban, se ha trocado en una injusticia que clama el cielo.

Pero ¡ah! este juego de balancín entre dos abusos ¿no es lo común en todos los asuntos humanos?

Cierto es que no conviene desalentar las buenas voluntades que se manifiestan en favor de la mujer, y los que reclaman en su favor más justicia social concluirán sin duda por lograr algo para su causa.

Preciso es, sin embargo, no pagarse tampoco de palabras. La cuestión no es fácil de resolver y la lucha por la vida es tan encarnizada en nuestras civilizaciones modernas, que los accesos de sensibilidad que agitan a las muchedumbres no son de larga duración.

Ahi tenemos los sindicatos de obreros que ya están alarmados.

Probablemente no son preocupaciones de otra época las que detienen a los miembros que los componen. Generalmente no son reaccionarios; y a pesar de todo, ellos son los más encarnizados adversarios de la igualdad reclamada por las mujeres. ¡Ah! es que, cuando se proclama *igualdad*, ellos responden: *competencia*. Es que en esa invasión de todas las carreras, de todas las profesiones, de todos los oficios de las mujeres, ven un peligro amenazador. Es que saben muy bien que el exceso de producción que resultaría, tendría por corolario indefectible una disminución de los salarios, y que únicamente los patrones serían beneficiados por esa pretendida reforma revolucionaria.

Que la mujer, sér dotado de debilidad y de gracia según el ideal que de ella nos hemos formado hasta ahora, se convierte por efecto de tales modificaciones en las costumbres, en un sér menos delicado y menos encantador; que la especie del *marimacho* se multiplique en vastas proporciones, nada de esto les preocupa, según me imagino. Las preocupaciones que les guían no son de orden estético probablemente; pero piensan con terror en esos millares de brazos, más temibles a medida que sean menos débiles; en esos millares de inteligencias, distraídas de sus actuales cuidados, que vendrían a reforzar el inmenso ejército de los trabajadores, y que a medida que aumentaban la competencia, aumentaría, la miseria. Y su sensibilidad ha enmudecido, é intiman a las mujeres en tono apremiante a seguir siendo lo que son, y quedarse donde están, so pena de ser mal recibidas.

Queda, pues, circunscrita la cuestión a una lucha de céntimos.

No se trata ya de saber si es equitativo que las mujeres sean admitidas en los mismos empleos que los hombres, sino solamente de si eso es posible; si no será una causa de perturbación profunda y de nueva depreciación de la mano de obra.

Además, nuestras amables compañeras de viaje ¿están preparadas para esa emancipación? Un escándalo reciente, cuyos ecos han resonado en ambos mundos, nos muestra a una mundana, una princesa, si os place, que renuncia a sus prerrogativas, para aceptar el yugo verdaderamente democrático de un violinista húngaro, cuyo arco vencedor lo ha subyugado.

Seguramente que sus medios, como se dice, le permiten todos los caprichos. Tiene mucho dinero.

Poseedora de un título, con posición en la sociedad parisiense, todo lo había adquirido: ahora ha querido ofrecerse el lujo supremo de ser amada. Y un buen día, abandonando el noble *faubourg* escandalizado, se ha marchado con el gitano de sus ensueños, a correrla en grande, a la ventura.

¿Qué conquistadores son estos gitanos! Vestidos con trajes pintorescos, conservadores de sus peculiares costumbres, forman una tribu rebelde a las leyes consuetudinarias, que suministra a Hungría, y al presente a toda Europa, esos músicos singulares, que aprenden su arte, no en los conservatorios y según los libros, sino por tradición y por instinto.

El gitano, en efecto, toca el violín, como respira; y lo mismo canta sobre las cuerdas sonoras su alegría, que llora su tristeza. Sus melodías extrañas conservan un carácter de sinceridad, a veces un poco salvaje, que nos admira y aun nos desconcierta a nosotros los civilizados, acostumbrados a la moderación y al buen gusto, pero que también nos encanta.

Y de tal modo forma ahora el gitano parte de nuestra vida, que no podemos prescindir de esos

virtuosos fogosos, cuyo armonioso estruendo pone en nuestros cafés y en el boulevard de los italianos, en el corazón mismo de París, el atractivo cada vez más irresistible de las cosas exóticas.

Los gitanos están de moda desde la exposición de 1878; y no hay un paraje en que se consuma cerveza ó alcoholes más ó menos adulterados, donde en alguna ocasión no se haya contratado una de esas orquestas, compuestas de hombres con bigotes color de tinta, de ojos de azabache, vestidos con dolmanes bordados de oro, con bombachas guarnecidas de trencillas, calzados con botas de borlas y cuyos violines, acompañados por el cimballo, amenizaban las horas del aperitivo y del ajeno.

Tal es el héroe de esa aventura, que una vez más pone al descubierto la llaga del dinero, que pretende subyugarlo y dominarlo todo en estos tiempos, en que los príncipes, si se casan con pastoras, exigen que á lo menos sean millonarias; en que, al hablar á una joven casadera, no se pregunta primero si es linda, sino si tiene dote.

De hecho la dote es un uso antiguo, que no debe desagradar á los feministas. ¿No confiere á la mujer que la posee la independencia absoluta aún después del matrimonio? Un hombre, un blasón, por gloriosos que sean, no tienen para la mujer que los ha visto ofrecer en almoneda, otro valor que el precio que ella les ha reconocido por contrato.

¡Ah! ¿No sería conveniente ante todo combatir esa tiranía absorbente del dinero que tiende á reemplazar toda nobleza y todo ideal?

Antes del advenimiento de la sociedad futura que será perfecta al decir de los que nos la describen, y donde todos, hombres y mujeres, serán libres, iguales y felices, sería buena empresa la de crearnos por lo menos una sociedad menos venal, en que el papel del dinero fuese menos preponderante.

¡Ay! Es muy de temer que no se realicen estos votos y que la batalla por la vida se haga, por lo contrario, cada día más encarnizada é implacable.

El hombre hasta entonces debería trabajar para dos; no vería en la mujer, es cierto, sino un sér dotado de gracia y de ternura, que lo consolara de los pesares de la existencia y le diera fuerza para afrontar los peligros y los reveses de la fortuna. Por poco que ella pusiera de su parte sería la encarnación de su ideal.

En nombre del progreso se quiere hacer de ella un asociado, un camarada cuando más, un competidor sobre todo. Seré retardatario, pero confieso que me seduce poco la perspectiva de no encontrar más que mujeres, que á cambio de ciertas ventajas sociales, problemáticas por otra parte, hubieran perdido todas las excelencias naturales, y la transformación física que seguiría á la transformación social de la más bella mitad del género humano, que en efecto se realizaría según ciertos adeptos de la emancipación, no me hace feliz en absoluto.

Por fortuna no hemos llegado á eso, y la novelita que refería hace un momento nos recuerda que los dos sexos están sometidos, digase lo que se quiera, á una tiranía ineludible: la tiranía del amor.

FRANCISCO COPPÉE.

EL ÚLTIMO CAÑONAZO

(TRADICIÓN)

Señor coronel don Alejandro Montes de Oca.

En esta tradición nos referimos sólo al último cañonazo del primer día de gloria, en que por vez primera, tronó á bala en las calles de esta ciudad.

La mañana del Martes 12 de Agosto de 1806 no apareció el sol en nuestro cielo; pero, brillante y esplendente, se levantó el sol de la victoria en nuestra historia.

Poco después de las diez, avanzaron los soldados del pueblo, desde la Plaza de Toros, y antes de las doce no se oía ya un tiro.

Ardua y laboriosa fué la preparación de la reconquista, pero sólo dos horas de fuego incesante, y el valor de nuestros reclutas bastaron para apagar el de los soldados ingleses, que empezando por retirar sus avanzadas desde los cantones de San Miguel, se reconcentraron en la Plaza Principal, encerrándose luego en el Fuerte.

El general Liniers hacía esfuerzos supremos, deteniendo á sus tropas entusiastas y ardorosas por lanzarse á la carga.

El fuerte tiroteo de los Migueletes á la vanguardia, se había interrumpido, y temiendo fueran ellos cortados, dirigióse Liniers con toda la tropa en columnas paralelas, por las calles de la Merced y Catedral.

Diez y ocho cañones resguardaban las bocacalles de la Plaza, coronadas de soldados, azoteas, Recoba y Cabildo.

Poco á poco, y después del más vivo fuego, languidecía éste, contestando con menos bríos los rifleros escoceses, hasta que abandonaron la Plaza, que, en inmensa algazara y tropel, confundidos soldados y vecinos, fué llenada por las tropas del pueblo.

Hombres, niños y mujeres, el verdadero pueblo representado en todos sus gremios, estados y condiciones, cooperó con valor y entusiasmo á la victoria.

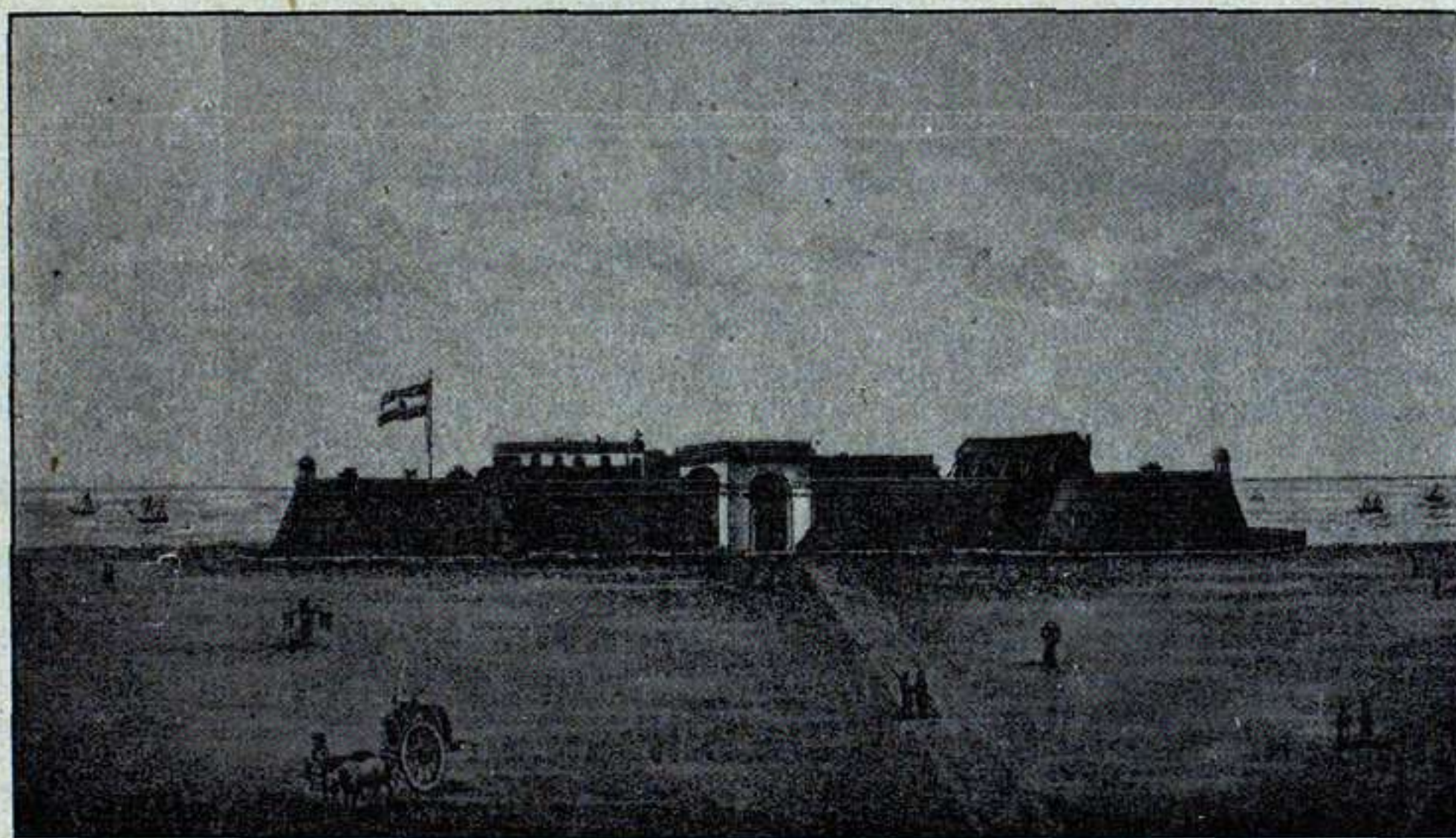
Hasta los muchachos de las calles se distinguieron por sus servicios. Unos alcanzaban municiones en sus raídos ponchitos. Otros rompían estos para tacos de cañón. Mientras que todas las puertas se abrían para recoger y atender á los heridos, todo auxilio era negado á los ingleses en dispersión.

Guardacantones, puertas y ventanas servían de refugio á bisoños soldados, y cuando los vecinos armados veían levantar la mecha, dejábanse caer al suelo, y bajo el humo de la metralla, con furor desenfrenado, avanzaban puñal en mano, haciendo retroceder á los intimidados veteranos de Albión.

Hasta las mujeres tiraban de sus balcones el primer mueble ó pesado objeto á mano, sobre los fugitivos, y si las piedras de las calles no se levantaron aquel día, fué porque las calles no tenían piedras.

Muerto un bravo arribeño al lado de su mujer que le ayudaba, tomó ella el fusil caído de sus manos, y con certero tiro, mató al matador de su marido.

No lejos de esta valiente, Manuela la Tucuma-



EL FUERTE EN 1700

nesa, un muchacho, casi un niño, con no menos heroicidad, al caer el cabo de cañón, y ver que avanzaban por él en la calle Defensa, se precipitó, recogiendo la mecha aun humeante cerca del artillero, dando fuego y disparando el último cañonazo, barrió el postrer pelotón de petos colorados.

Cuando Liniers llegaba al pretil de la Merced, viendo Berresford, parado bajo el arco de la Recoba vieja, caer á su ayudante Kennet, hizo con la espada señal de retirada, y replegando sus tropas, entró el último en la Fortaleza, mandando levantar el puente levadizo.

La densa bruma de un día gris, húmedo y nublado, y el humo del combate, que todo lo entenebrece, impidieron por algún tiempo divisar la bandera blanca, flameando en el bastión norte, por lo que continuaban los tiros de todas las bocacalles sobre aquel punto, y el atropellamiento y voces de la multitud, ebría de entusiasmo, acrecía la infernal algarabía.

Por todas partes se oía: «Avancen!» «Avancen!» «Avancen!»

Los rubios granaderos escoceses guarnecieron los baluartes. Gente de toda clase, y hasta vecinos desarmados arrastraban muebles, tablas y escaleras para trepar por los fosos.

El ayudante Quintana se acercó al puente, y todavía no concluido el redoble del tambor parlamentario, dejóse caer el rastrillo, que á no descender tan pronto, tras del ayudante entrara todo el pueblo.

El general Berresford pretendió hablar de capitulación, y Quintana respondió con las mismas palabras que cuarenta y cinco días antes, el inglés intimó á la débil autoridad del Rey: «No hay otra que la de rendirse á discreción. Si no se alza inmediatamente la bandera española, de nada respondiendo.»

Fué entonces que, asomando por el arco de entrada, saludó con el elástico, y tiró la espada al foso, que luego Mordeille devolvió, atándola á la vaina con su faja militar.

Al salir con marcada desconfianza, preguntó Berresford si había seguridad, contestándole Quintana que, como caballero, respondía con su vida; y tomándolo del brazo, lo acompañó hasta entregar el prisionero al segundo jefe, Gutiérrez de la Concha.

Poco después, formando las tropas vencedoras en doble ala, desde la entrada del Fuerte hasta el Cabildo, salieron los soldados con sus armas, tocando marcha, habiendo perdido en la acción cuatrocientos doce hombres, y cinco oficiales entre muertos y heridos, y costando este triunfo al pueblo doscientos de sus valerosos vecinos.

Y aquellos bravos y aguerridos veteranos, ante los que la estrella victoriosa de Napoleón se eclipsara un día, cabizbajos y abatidos desfilaron por entre dos filas de zambos, negros y mulatos; de criollos, españoles y orientales, mandados por la más arrogante juventud porteña.

Resaltante presentábase el contraste de sus brillantes uniformes y hermosa banda de música á la cabeza, frente á los pitos y tambores de los vencedores embarrados y descalzos.

Aun los pilluelos de los andurriales hicieron su agosto, (como que en ese mes estaban) ayudando y siendo guías y avisadores á nuestros soldados á la vez que extraviaban con falsas noticias á los ingleses. Chicuelos que por todas partes se metían, asomaban sus lindas caritas sucias y cabecitas desgredadas entre las filas de los milicianos, sacando la lengua á los mister azorados, y haciéndoles pito catalán.

Á la mañana siguiente presentaban al general Liniers, en el salón principal del Fuerte, las lujosas banderas del regimiento 71, que en Europa, Asia, Africa y América del Norte flamearon vencedoras.

A todos los jefes y oficiales que se distinguieron los había llamado el general, improvisado por la victoria, para felicitarles personalmente por su brillante comportamiento.

En el grupo en que se notaba á Irigoyen, Viamonte, Pinedo, Somellera, Feijóo, Agustini, cuyos dos últimos fueron distinguidos posteriormente con medalla de oro, se hacía la crónica más animada de los hechos del día anterior, recordando las hazañas de Valencia, Sentenach, Fornaguera, Anzoategui, (también agraciado con igual medalla), como de Correa, Córdoba, Ruiz y Miranda, marinos que tan hábilmente dirigieron sus soldados, al par que los oficiales de tierra. Y en esta conversación de bulliciosos corrillos se estaba, cuando el señor don Martín Rodríguez, dijo, alzando la voz:

—Pero, no hay que negarlo, la victoria de ayer es, ante todo, debida á los esfuerzos de nuestros com-

pañeros de la otra banda. Sin su ayuda no hubiéramos podido organizarnos. De allí nos han venido todos los auxilios, y la heroicidad desplegada por García Zúñiga, Lasala, Michelena, Salvatierra, Ellauri, Balbin, Murguiondo, Méndez, Chacabarro, Illa, y lo que hicieron ellos, españoles, ni de aquí, ni otros los han han sobrepujado.

—Es verdad! contestaron en unánime coro. Y avanzando los argentinos hasta confundirse en un solo grupo con los bravos y modestos oficiales orientales, se estrecharon entre vivas entusiastas, cual si en aquel primer abrazo fraternal, al día siguiente de correr mezclada la sangre de vecinos de una y otra margen del Plata, presintieran la solidaridad de un mismo y glorioso destino para estos pueblos, hermanos desde la cuna.

En esto estaban, cuando entró don Juan Martín de Pueyrredón con su hermano, trayendo á un pequeñuelo mal vestido y bien embarrado uniforme, común en aquellos lluviosos días de temporal, y dirigiéndose á Liniers, dijo:

—Le presento, señor, al verdadero héroe de la jornada, de cuya hazaña dió parte á usía el jefe de los artilleros.

A lo que el general, avanzando, le interrogó:

—¿Con que tú disparaste el último cañonazo?

El niño, mirando á todos lados, no atinaba á responder.

Y como Liniers le interrogara de nuevo, con aire que al niño se le antojó amenazante, recordando recién haber hecho fuego sin orden, cortado ante la autoridad como no había temblado ante el peligro, y todo medroso, contestó al fin:

—Es verdad, señor, que yo disparé el último cañonazo; pero perdóneme usía que ya no lo volveré á hacer más.

PASTOR S. OBLIGADO.

Cuentos Araucanos

TRABAJOS DEL DOCTOR R. LENZ

La historia de la literatura popular está rodeada de misterio del mismo modo que cuanto se refiere a las ideas, sentimientos y costumbres del pueblo cuya vida no tenía en otros tiempos el papel principal y exclusivo que ahora asume.

Por eso nos sorprendemos en la actualidad cuando los literatos y «folkloristas» (1) nos descubren los cuentos más conocidos y que más del día parecen, en tiempos y civilizaciones remotas.

Y esto sucede con la mayor parte de las fábulas que hemos leído en nuestra niñez. La fábula de la lechera, por ejemplo, que Lafontaine expone con tanta gracia, existe en idioma español ya en los tiempos del infante don Juan Manuel, traducida de las literaturas orientales.

Los pueblos se asimilan rápidamente este género de producciones por lo mismo que responden muy bien a su naturaleza, como que su autor es el pueblo mismo. La fácil comprensión, su carácter ligero y la sencilla enseñanza que contienen son como alas que las llevan de unas a otras naciones, sin necesidad de imprenta y sin vapor ni electricidad; tal es la fuerza y eficacia de la tradición oral, cuando se ejercita en un objeto apropiado.

¿Cómo se ha realizado el proceso en sus detalles? sábelo Dios. Lo cierto es que de la Judea y la Persia llegaron esas creaciones al occidente de Europa y desde allí han seguido «parciéndose» por el mundo entero, y se encuentran hasta entre los indios americanos. La imaginación de los pueblos europeos agregó a esa obra sus frutos propios y también esa semilla aparece en los desierto y montañas de América, traída de manera tan ignorada como los gérmenes de las plantas han volado por los continentes.

El doctor Rodolfo Lenz, profesor del Instituto pedagógico de Chile y distinguido cultivador de idiomas americanos, ha publicado últimamente en Santiago una traducción de cuentos araucanos referidos por el indio Calvun (segundo jara) en dialecto Pehuenche chileno. En ellos vemos comprobado lo que dejamos dicho.

Divide el autor su estudio en tres partes: cuentos de animales, cuentos míticos y cuentos de origen europeo. Estos últimos ofrecen el vivo interés de prestarse a un estudio que puede re-

(1) De folk lore, saber popular.



DR. D. LUIS BELÁUSTEGUI

MINISTRO DE J. C. E INSTRUCCIÓN PÚBLICA DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

velar la influencia europea sobre la inteligencia de las poblaciones indígenas. Al traducir algunos cuentos araucanos, creía el autor en un principio que se trataba de una obra propia de aquellos pueblos; pero, conociendo el carácter de las literaturas populares, empezó a descubrir semejanzas y analogías, llegando a poder señalar los cuentos europeos traducidos: es más, dice que todos los cuentos que conoce y en que no aparecen ni animales ni seres sobrenaturales, son de origen europeo; de ahí la división que hace de toda la obra. Se vislumbra ya con esto cuáles el carácter propio de esos cuentos araucanos, puesto que se tiene una diferencia entre ellos y los traídos por los conquistadores o los nuevos elementos.

Nosotros creemos que prosiguiendo este estudio, se han de descubrir más y más cuentos europeos

y confiamos en que los «folkloristas» de Europa han de presentarla prueba, a medida que conozcan los indios, cosa a que contribuyen principalmente estudios tan útiles como éstos del doctor Lenz. Induce a pensarlo así, la riqueza de la literatura popular europea y la fuerza que pudiéramos llamar de expansión característica de estas creaciones.

Nademás curioso, por otra parte, que estas piezas literarias que presentan en sus formas distintas, a uno y otro pueblo. El doctor Lenz ha escrito, como es natural, traducciones rigurosamente literales para que puedan apreciarse de la manera debida.

Por eso el cuento que sigue y que todos reconocerán conserva, no obstante, todo el sabor de la literatura indígena que se lo asimilara.

CUENTO DE LAS TRES HERMANAS

1. Entonces hubo una vieja, tres niños mujeres tuvo.

Una «saldré», dijo; «trabajaré, algún trabajo alcanzaré a tener; tan pobres somos».

2. Entonces tuvo una gallina; la tomó para comer carne como provisión.

Se fué caminando; a medio día: «Aquí quiero descansar un poco» dijo, a la orilla de una agüita.

3. Entonces pasó a descansar; a la sombra, tendida en el suelo, vió a un hombre rico.

—Buenos días, le dijeron.

—Buenos días contestó ella.

—¿A dónde te diriges (que) andas sola? preguntó el otro.

4. —A trabajar, pues, (voy) yo, dijo ella.

—¿Tendrías trabajo tú, acaso? le dijo a ese hombre rico.

—Tengo trabajo, dijo ese hombre rico, irás a lavarme la ropa, se dijo a la mujer.

5. Entonces se encaminaron los dos; en ancas fué llevada esa mujer a alojar esa mujer.

Al alba le dieron la ropa para que la lavara (esa mujer). Lavó, dicen.

6. Después de otro sueño devolvió su ropa. Entonces:

—¿Qué deseas? se le dijo; varilla ó plata? le dijeron. (2)

—Plata, pues, dijo ella. Entonces un gran enfaldo fué llenado con plata y le fué dado; en el enfaldo se llevó su plata.

7. Volvió a su casa, trajo su plata.

Entonces se aparejó bien con ropa, un reboso, una pollera compró; compró a su madre lo mismo; a sus hermanas les compró ropa.

8. Entonces la mujer de en medio.

«En el acto saldré también», dijo.

Entonces salió: saliendo también descansó a la orilla de una agüita. Entonces vió también a un hombre rico.

9. —Buenos días, le dijeron.

—Buenos días, (dijo ella).

—¿Adónde vas? se dijo a esa mujer.

—Trabajaré, dijo, donde vea trabajo de hacer la cocina.

Entonces: —Yo tengo trabajo, le contestaron; Encaminémonos! le dijeron.

10. Entonces fué llevada.

Después de llegar pasó a hacer la cocina. Seis días hizo la cocina. En seguida le dieron plata; muchísima (?) plata.

11. Entonces volvió también a su casa. Llegando mostró su plata a su madre.

—Ahora si que está bien, hija, le dijeron.

12. Entonces (sólo) la más chica mujer quedaba todavía tan pobre.

«Luego saldré también; haré lo que pueda hacer», dijo esa mujer chica. Una gallinita tuvo. Esa la preparó como comida para servir de provisión.

13. Entonces debajo un sombrero roble, allí se acostó en el suelo para descansar.

Entonces también la vió un hombre rico.

14. —¿Qué estás haciendo ahí recostada? le dijeron.

—Estoy buscando trabajo, dijo.

—Yo tengo trabajo; irás a lavarme mi ropa, le dijo (el rico).

—Bueno, dijo ella.

15. Entonces se encaminó y llegó. Al medio bajar el día le dieron la ropa para que la lavara. Al alba devolvió ella su ropa.

16. Entonces: —¿Qué deseas? varilla ó plata? le preguntaron.

—La varilla, dijo ella. Entonces le dieron una pequeña varilla.

17. Entonces le enseñaron:

(2) Es característico para la procedencia del cuento que se usan las palabras castellanas «varilla» y «plata», en vez de «rou» y «kuhin». (Nota del doctor Lenz).

BELLAS ARTES — REGRESO DEL MERCADO
(Acuarela de Gabani)

«Te doy esta varilla; cualquiera cosa que le pidas, como quiera que le digas, así lo tendrás.

En una piedra la dejarás puesta, la pondrás enterrada».

18. Entonces volvió a su casa y trajo su varilla.

—¿Qué andas trayendo? le preguntaron.

—Me dieron esta varillita, contestó ella.

—¿Para qué andas trayendo esa varilla, tonta? le dijeron.

Entonces dejó enterrada su varillita.

19. Entonces hubo una fiesta «Iremos», dijeron (las hermanas mayores y la madre).

A la chica le dijeron: «Tu quedarás aquí».

Entonces:—Yo iré también, dijo ella.

—No irás, le contestaron.

20. Entonces fué a su varillita.

«Varilla, varillita, dame un caballo ensillado, de pura plata seré, de plata tendré la rienda, dos mozos llevaré conmigo, bien iguales serán mis dos mozos.

21. Entonces luego no más (se oía) trotar (algo en) esa piedra; vino a salir un caballo, esos dos mozos, toda vino a sacar la ropa, aros, adorno del pecho, del collar, prendedor, medallas, todo.

Entonces se lo puso.

22. Entonces se fué caminando y llegó a la fiesta.

Ahí andaba su madre y sus hermanas. Desmontó ella; sus dos mozos le sujetaban el caballo.

23. Entonces se quedó un rato; en seguida se vino. Toda fué a devolver su ropa, sus dos mozos los fué a devolver. Volvió a quedar muy pobre.

24. Entonces llegaron esas hermanas. Entonces conversaron ellas.

«Andaba ahí una mujer hermosa.

¡Tan rica fué la mujer! llevaba consigo dos mozos bien iguales».

Pasó a decir esa mujer:

—¿No fui yo acaso? dijo.

—¡Ah, al diablo! le contestaron a la chica mujer.

25. Entonces el hijo de un hombre muy rico dijo a su padre: «Yo me casaré con esa niña, padre!».

Entonces la buscó; entonces fué encontrada la chica (mujer) y se casaron los dos.

Entonces llevó su caballo ensillado y sus dos mozos.

Los cuentos de animales son fábulas completas, varias de las cuales provienen de fuente castellana. El zorro es el personaje predilecto. Ser más astuto que el zorro, dice el autor, es un problema interesante para el indio. Sentimos no disponer de espacio suficiente para hacer alguna transcripción, y lo sentimos tanto más cuanto que esta parte de la obra está llena de influencias europeas y conviene que sea muy conocida a fin de que lleguen a descubrirse los originales de donde proceden seguramente casi todas esas variaciones.

Los cuentos míticos son los más propios de los indígenas y constituyen un material precioso para el conocimiento de sus ideas religiosas. Sin embargo, también se advierten en ellos las influencias europeas en lo cual conviene decididamente el autor. «El hijo del oso» recuerda, según dice, la mitología indogermánica y los cuentos de las «Mil y una noches»; «La novia del muerto», según declara, por más que recuerde el mito famoso que ha encontrado una expresión tan poética en la célebre balada «Lenore», del poeta alemán Bürger, por lo menos está completamente araucanizada y bien puede ser original. «Casi todos los cuentos, agrega, son visiblemente de origen pehuenche de la pampa argentina. No entraré, por ahora, en más detalles; como en los cuentos de animales, me limito a presentar los materiales a los «folkloristas» y etnólogos».

Dicha obra es ya en sí de importancia esencial. Nosotros, repitiendo nuestra apreciación primera, creemos que estudios futuros han de demostrar aún más la gran influencia de la literatura popular extranjera, determinando así el elemento propio aportado por estos pueblos para enriquecer el gran patrimonio del tesoro literario que las generaciones se han ido transmitiendo constantemente.

EDUARDO PUEYO.

OBRA DE UNA MÉDICA RUSA

Llama actualmente la atención en Europa una interesante obra de la médica rusa Mme. Nageote Wilbonchessvith, ex-interna de los hospitales de París.



DR. D. FERNANDO ITURBURU
MINISTRO DEL PARAGUAY EN LA REPÚBLICA ARGENTINA

Trata en esta obra del tratamiento antiséptico de las quemaduras.

Viene a definir, de una manera clara y precisa, que evitando la infección y supuración de las quemaduras se obtiene su pronta curación sin dejar cicatriz alguna en el primero, segundo y tercer grado.

Como ejemplo de sus aseveraciones, presenta el caso de una niña, curada en el hospital de los Enfants Assistés de París, clínica del malogrado doctor Saint Germain, de horribles quemaduras que había recibido en todo su cuerpecito con una plancha caliente y que le fueron producidas por su desnaturalizada madre.

El tratamiento aplicado fué en extremo sen-

cillo, a pesar de las pocas esperanzas de salvación que ofrecía la víctima; procedióse, en primer término, a lavar cuidadosamente a la enferma, pues al parecer, la limpieza extrema de todo el cuerpo, es principal elemento; sucesivamente se la sometió a un nuevo lavado general con una disolución caliente de sublimado; se limpiaron las heridas con éther y se practicó la cura con muy poca vaselina, ácido bórico en polvo, gasa boricada y mantas de algodón.

Este tratamiento y la alimentación láctea, produjo resultados maravillosos; la enferma concilió el sueño la primera noche y recuperaba sus fuerzas perdidas.

Seis días después se procedió a nueva cura y pudo observarse con sorpresa que algunas heridas presentaban nueva piel, lisa y fina, perfectamente normal, salvo su coloración rojiza.

Finalmente, tres de aquéllas cicatrizaron sin supuración, en quince ó veinte días; las demás llegaron a supurar, pero sólo una dejó cicatriz visible.

COSAS DE LOS CHINOS

Los chinos tienen una institución curiosa en todas las grandes ciudades del imperio y es lo que llaman la «Sociedad de Beneficencia privada».

A la cabeza de los caritativos asociados figuran los principales comerciantes, banqueros, propietarios, burgueses, ricos, etc., etc.

Pero con la lógica que caracteriza a los «hijos del cielo» la beneficencia de esas sociedades se ejerce sobre todo en..... el otro mundo!

La mayor parte tiene por objeto recoger y hacer enterrar a los desdichados que encuentran inanimados en las vías y calles públicas. Estos celosos sepultureros no descansan. En sus giras diarias suceden a veces que levantan a individuos agonizantes.

Uno de estos infelices a quien iban a encajonar protestaba por medio de una mimica desesperada contra aquella caridad de nuevo cuño. «Hubo que esperar ahí, aunque se amontonaban los muertos, a que hubiese exhalado el último suspiro». Así pasan las cosas de China; mas esto no debe admirar, supuesto que no existe en ese país el Registro Civil. Las gentes nacen ahí, crecen, se casan, tienen familia y se mueren sin que se llene la más simple formalidad legal.

Todo pasa como en familia y en caso de dudas algunos testigos dan fe. Entre los hijos de Confucio el culto por la familia está elevado a un grado



BELLAS ARTES — LA DISPUTA EN EL MESÓN
(Cuadro de Ruiz Guerrero)

supremo: rara vez es un chino ladrón á mano armada: casi nunca asesino.

En una palabra: los crímenes contra las personas y contra las propiedades son mucho más raros que en la vieja Europa.

Esto explicará la ausencia é inutilidad del Registro Civil.



LIBERTAD

(Para LA ILUSTRACIÓN SUD AMERICANA)

DESPREDIÉNDOSE con pereza del macizo ceñidor de sus cadenas y gruñendo con la voz cascajosa de sus goznes mohosos, el portón de la entrada parecía dilatar lo más posible el deseado momento de salir. No contento con aprisionarle durante el largo espacio de la condena, complacía en hacerle sufrir hasta el último instante, abriendo apenas sus fauces de hierro cual si quisiera cogerle de nuevo, apretarle con fuerza, clavarle entre sus barrotes y vomitar después su cadáver todavía prisionero. La reja maldita ¡cuánto la aborrecía el ex-presidiario!

Pero en fin, ya estaba libre. Y con los cabellos despeinados por una mano calenturienta y la boca entreabierta para aspirar el gran aire, sin vacilaciones de ninguna especie, alta la cabeza y firme la mirada, se alejaba presuroso del fatídico edificio.

Atrás quedaba el caserón rojo quizás teñido con la sangre impalpable de tanto crimen.—que ahora le veía alejarse en libertad, mirándole con los ojos cavernosos de sus pequeñas troneras. Allí había pasado veinte años de su vida, toda su inútil juventud, cuya pérdida creía castigar con esa última mirada de desprecio, y también con esa última maldición.

Ebrio de libertad, sólo acertaba á huir lo más lejos posible de aquellos lugares execrados, interponer un abismo de distancia entre ellos y él. Marchaba apresuradamente á lo largo de aquella calle recta, que terminaba sobre la raya verde de una espaciosa avenida transversal, hacia la parte sur, allá abajo.

La sorpresa y curiosidad de los transeúntes, al cruzar por su camino, ni le sorprendían por esto y ni siquiera le llamaban la atención.

Ante el himno de libertad que todo aquello parecía cantar en su honor, tampoco había tiempo de fijarse en pequeños. Primero el viento, una fuerte brisa de otoño ocupada en arremolinar hojas secas, y luego las chimeneas clamando al cielo entre nubes de humo, las máquinas en su encarnizada gritería contra la madera y el hierro, la trepidación de los carruajes, la bulla de los conventillos, el murmullo del telégrafo,—y por último, entre el sol, el aire, las aves y las tejas, todo el inmenso concierto de los techos.

El presidio habíale hecho olvidar la voz de la ciudad.

Ahora creía estar oyéndola por primera vez y, aguzados extraordinariamente sus tímpanos no perdían una sola nota, por muy baja que ella fuera.

Loco de alegría ante aquel himno traducido para él en toda su grandiosa magnificencia, caminaba insensible á cualquiera otra manifestación de vida; y más de un palo alargado sobre sus espaldas por algún transeúnte atropellado, apenas si le hacía exclamar, dudoso todavía de si no era un golpe de batuta dado por el maestro director de aquel concierto:

—¡Costumbres de hombres libres, tal vez!

Por fin llegó á la mancha verde que tapaba la calle, digno telón de boca de aquel anfiteatro de tantas cuerdas. Una avenida plétórica de palacios, jardines y juegos de agua extendíase de oriente á poniente hasta perderse de vista. Vehículos de todas clases se deslizaban rápidos bajo los túneles formados por las copas de los árboles, bordeando las acequias hechas á tajo abierto.

La gente paseaba bajo la espesa umbría, entretenidísima en requetear las hojas secas tiradas á su paso. Una hermosísima acuarela llena de luz y movimiento.

Acuarela que nuestro hombre se puso á contemplar maravillado. Los rieles de la línea férrea, cuidadosamente bruñidos por el roce de las ruedas, semejaban regueros de plata fundida, bajo los rayos deletéreos de aquel sol de otoño.

Los tranvías, monstruos fugaces—cuando no carretas lentísimas—tan fugaces que uno de ellos cayó sobre él como una exhalación, sacándole de sus mudas contemplaciones para arrojarle de un solo golpe en la acequia del lado. El dolor y la ira ofuscáronle por un momento, pero hubo de serenarse al no encontrar á quien culpar. La vista de varias otras víctimas del mismo golpe ocupados en secarse el agua del chapuzón, le devolvió el buen humor.

—¡Costumbres de hombres libres, volvió á decir, y siguió nuevamente su camino.

Mas, ya no á la ventura, sino recto á la plaza,

una gran plaza que allí cerca convidaba á beber el agua cristalina de sus fuentes de mármol y á tenderse sobre el tapiz adamascado de sus prados de trébol.

Un sol cadavérico lanzaba sobre ella sus posteros alientos de luz, semi-abogados entre las sombras gigantescas de las torres y palacios, rayos moribundos que ascendían paulatinamente hasta reflejar un supremo beso de despedida en las doradas aristas de las cúpulas. A su vez, el gas encendía sus luces en los brazos abiertos de los faroles públicos.

Nuestro hombre tomó asiento. Quería serenarse y descansar. Sentía calor, y en la cabeza un volcán.

Hora tras hora, la aguja del reloj fué siguiendo su camino al rededor de la esfera, sin que sus campanadas isócronas sacaran á nuestro hombre del sueño profundo en que yacía despierto.

Una mano vino entonces á posarse sobre su hombro, la muy grosera de la policía de seguridad.

—¡Eh! paisano, gritó el agente con voz imperiosa hasta la insolencia, á la casa, ó á la cárcel.

—A ninguna parte. Soy libre y este es un lugar público.

—Lo veremos, le replicó el agente, y abocándose un pito comenzó á silbar desesperadamente, en notas agudísimas contestadas al momento por otras, salidas de cada ángulo de la plaza.

Cuatro hombres se presentaron ante el agente, quien, señalando al nuestro, les dijo en tono de mando:

—A la cárcel por sospechoso.

Cuando á la mañana siguiente le abrieron la puerta de la prisión, aún no se convenía de que ésta fuese injusta y de que una libertad así practicada, no era tal libertad. Dudó mucho y terminó repitiendo su frase consagrada:

—¡Costumbres de hombres libres!

Y siguió su camino fuera ya de preocupaciones. Pero no, que estaba poseído de una muy poderosa. Desde la víspera no había comido nada y —para emplear una frase exacta—sentía un hambre de diez mil cazuelas. Registró varias veces los bolsillos: sin encontrar más que el desconsolador vacío: ni un centavo, ni un pan.

Entonces acertó á pasar frente á un café. Los erizos, las legumbres, los huevos, los jamones tornasolados, las frutas tropicales, los hongos blanquisimos formaban en la vidriera una montaña de cosas exquisitas, arregladas en colinas superpuestas, cuya cúspide la constituía, no el águila orgullosa, sino una perdiz trufada que, con las alas abiertas, parecía que ya iban á emprender hacia la boca del hambriento espectador el más apetitoso de los vuelos. Al pie de la montaña y rodeando sus flancos había una hilera de botellas de legítimo Pangehue.

Con la frente pegada al vidrio, diafragma odioso interpuesto entre su hambre y aquel festín, el ex-presidiario sumióse por un momento en un sueño inaudito. Soñaba que aquella vidriera no tenía vidrios y que, encaramado en ella, deshacía entre sus labios la nieve de aquellos hongos, se embriagaba con aquel vino chispeante, atentaba contra la virginidad de la perdiz y concluía por hacer un árido desierto de lo que antes fuera montaña heliogabálica. Jamás hubo un sueño más aperitivo.

Así como nunca se ha visto tampoco un despertar más debilitante. La negra realidad ostentábase desnuda ante la vista del pobre alucinado: la vidriera seguía llena y su estómago vacío. Lo que antes era un apetito más ó menos pronunciado ahora llegaba á ser un hambre desesperante. Era que la bestia humana reclamaba su ración.

Hubo un momento en que el hombre resolvió entrar al café y pedir de todo lo que en él había. El necesitaba comer; la culpa no era suya si no tenía con que pagar. El instinto socialista, innato en la gente pobre, quiso rebelarse, pero lo retuvo un recuerdo que en aquel instante surgió todo entero en la memoria del presidiario.

¡El presidio! comenzó á recordar: el presidio! Veía el fin de una de las callejas del patio de la pequeña puerta de su celda, calada en lo macizo del muro, con su gran número al frente, limpia y tranquila; veía los bancos del taller dispuestos en hilera al rededor de las máquinas, ebrias de tanto trabajo y sudando aceite; veía la olla del maestro cocinero, que vaciaba á cada uno su plato de frijoles humeantes y oía los toques alegres de la campanita que con su lengua de bronce les mandaba descansar. Se preguntó si no era feliz en su prisión, entre sus compañeros de infortunio y, sintetizando sus recuerdos, vió en ella su lecho tranquilo y su pan asegurado.

La idea de que en el presidio lo pasaba mejor que en la ciudad se aferró á su imaginación y, ante la cruel ironía de su destino, sintió la nostalgia de sus cadenas.

En aquel momento el dueño del café se asomó á la puerta. Desde adentro había visto que un hombre de catadura extraña inspeccionaba la vidriera. Creyó que era algún ratero que examinaba el teatro de sus futuras fechorías.

Al verle, nuestro hombre abandonó la ventana y se vino donde él.

—Tengo hambre, le dijo, ¿querria usted darme algo de lo que hay en esa vidriera?

—A los pillos como tú, contestó el del café, se les envía á la cárcel, cuando mendigan sin permiso de la autoridad.

—¡Cómo! hay que tener permiso para pedir una limosna?

—Y hasta para tener hambre, contestó el del café, mientras hacía señas para que viniera un policial.

Nuestro hombre no esperó que éste llegara. Una oleada de sangre hirviente congestionó de súbito su cabeza; sus nervios, electrizados por la ira, le hicieron temblar convulsivamente y en sus ojos inyectados apareció una tragedia sangrienta escrita con caracteres de un rojo intenso.

—Me voy, me voy á comer á la penitenciaría, exclamó con voz sorda,—y de un golpe formidable le aplastó la cabeza con un adokin.

HUMBERTO PARODI.

Chileno.

CRONICA CIENTIFICA

La muerte real y la muerte aparente.—Procedimientos empleados.—El signo indicado por Bouchut. Deficiencia de la auscultación. Casos que la comprueban. —El caso de Brown Sequard. —Nuevo procedimiento de Bouchut. —Su fracaso. —El signo de Josat. —La respiración artificial. —El procedimiento del doctor Icard. —Inyecciones colorantes. —La circulación de la sangre y sus efectos. —Seña segura.

Uno de los problemas que han preocupado en todo tiempo á la medicina es encontrar el medio cierto, inerrable, de distinguir la muerte real de la muerte aparente. La sepultación de una persona viva es un horror inexpresable, y por desgracia son numerosos los casos de enterrados vivos. Mientras sea posible cometer este error de una crueldad á ninguna otra comparable, subsistirá un grave cargo contra lo que, llamándose la ciencia de la vida, no sabe distinguir con precisión la vida de la muerte.

Se comprende, pues, el empeño con que se ha procurado encontrar el signo inequívoco que revele que nos hallamos en presencia de la muerte. El último estudio hecho sobre esta materia es el libro que el doctor Icard, médico de la Grande Miséricorde, acaba de publicar, y que ha sido premiado por el Instituto de Francia, con el título de *La muerte real y la muerte aparente*.

El autor expone y discute los diferentes signos de la muerte; pasa en revista todos los procedimientos, antiguos y modernos, imaginados para hacer el diagnóstico de la muerte real; y en seguida, después de demostrar que los unos son poco decisivos, y los otros impracticables en la mayor parte de los casos, el distinguido médico francés describe un nuevo método imaginado por él para resolver el problema de una manera fácil, rápida y segura.

El asunto es de un interés que desgraciadamente, nadie puede desconocer ni mirar como ajeno á si mismo.

Hace algunos años, la Academia de Ciencias francesa abrió un concurso sobre la cuestión de muerte aparente y sobre los medios de prevenir las inhumaciones prematuras. El premio fué otorgado al profesor Bouchut, de París, y la comisión adoptó las conclusiones de este sabio.

Según él, la supresión de los latidos del corazón, constatada por la auscultación durante un intervalo de cinco minutos, es un signo cierto de muerte.

Su procedimiento, autorizado por la sanción oficial, ha quedado para muchos médicos como un signo de certidumbre absoluta, y aunque otros lo han discutido, es en la práctica el único que se adopta actualmente por todos.

Pues bien: vamos á ver, con Icard, hasta qué punto esa señal es incierta.

Desde luego, existen casos perfectamente comprobados de paralización voluntaria del corazón sin muerte consecutiva. Los doctores Cheyne y Beynard han observado á un individuo que, en este punto, podía morir y renacer en presencia de ellos. Durante *más de media hora*, Townshund, —aunque enfermo, ó por lo mismo que era enfermo,—suspendió los latidos del corazón y los movimientos respiratorios hasta el extremo de que Cheyne y Beynard se convencieron más de una vez, con convencimiento absoluto, de que el sujeto había muerto realmente, víctima de su experimento.

Es clásico entre los médicos franceses el caso de su ilustre colega Chauveau, uno de los médicos más eminentes de la Facultad de Medicina de París, quien puede suspender á voluntad, y de una manera completa, los latidos de su corazón durante más de un minuto.

Estos dos casos bastan para demostrar que la regla no es absoluta, que la vida es compatible con una parálisis más ó menos prolongada del corazón. Pero esta demostración puede comprobarse todavía por otras pruebas científicas, no menos significativas y concluyentes, y que abundan

en los anales de medicina. Recordemos algunas. El doctor Crachet, de Lyon, ha publicado una serie de observaciones relativas a niños que han nacido en estado de muerte aparente, en quienes la auscultación más prolija y delicada no ha permitido comprobar, no ya latidos del corazón, pero ni siquiera el más leve rumor ó estremecimiento cardíaco.

El doctor Girbal, jefe de clínica en la Facultad de Montpellier, ha referido el caso de una joven considerada como muerta desde hacía muchas horas, y á la cual fué llamado á reconocer; la auscultación minuciosamente, sin hallar en ella indicios de latidos; á pesar de todo procura reanimarla, pero inútilmente; por fin, agotados todos los recursos, y encontrando en ella todos los signos conocidos de la muerte, se dispone á retirarse, dejándola fría, insensible, indudablemente muerta, cuando le vé volver espontáneamente á la vida.

El doctor Josat tiene numerosas observaciones análogas, hechas durante una epidemia de cólera; en todos esos casos la parálisis del corazón fué completa. El Doctor Duchene, émulo de Charcot, ha observado en la clínica del doctor Andral á un enfermo asfixiado por el clorofórmico, y que pudo ser vuelto á la vida, á pesar de una prolongada suspensión de los latidos. El maestro mismo, el doctor Andral, observó un caso de muerte aparente con parálisis del corazón, en la esposa de uno de sus colegas: auscultó minuciosamente y repetidas veces, no hay latidos, y sin embargo, diez horas después, la señora vuelve á la vida.

Se podría prolongar indefinidamente esta enumeración, con hechos observados en condiciones rigurosamente científicas. Se podrían citar todavía los casos de Tournior, de Brachet del profesor Depaul, de Plugge, de los doctores Lorne y Boisset, de Bourgeois, de Maisonneuve, de Briguet, etc., todos ellos conocidos y comprobados.

Pero basta lo dicho para que el asunto quede fallado.

Antes de pasar adelante, empero, merece recordarse la observación relatada por Brown-Sequard, que es de una notoriedad excepcional. Esa observación fué llevada muy lejos, demasiado lejos aun, pero eso mismo le hace más instructiva y concluyente.

En un individuo ahorcado en Bostón, los médicos declararon la muerte definitiva cuando el corazón había cesado de latir hacia ya más de una hora. Se le abrió el pecho, y se comprobó que el corazón latía aun. Sólo tres horas después de abrirle el torax, cesaron por completo los latidos del corazón.

Las conclusiones de este hecho formidable se desprenden por sí solas: la auscultación del corazón es un procedimiento ineficaz para comprobar si ese órgano funciona todavía; puede seguir latiendo de una manera imperceptible para los oídos más ejercitados sin que haya cesado la vida. La auscultación más prolija no dió resultado alguno en el ahorcado de Bostón: y sin embargo, su autopsia prematura demostró la verdad.

En presencia de los hechos evidentes é innegables que se le objetaban, y de los cuales no he citado sino una mínima parte,—Bouchut, que había sido premiado por la Academia de Ciencias, y que había declarado que la auscultación negativa era un signo cierto de muerte, titubeó, retrocedió, alteró, y en seguida adoptó otro método conforme á su teoría primitiva en el fondo, pero completamente diverso en su forma práctica. «La persistencia de los movimientos del corazón, dijo, es un signo cierto de vida; si la auscultación es incapaz de comprobarla, recurramos á la cardiopunción».

Y abandonando la auscultación,—que los demás médicos han seguido conservando,—propuso enterrar en los casos dudosos una delgada aguja en el corazón de las personas en estado de muerte aparente. Si el corazón ha cesado de latir, la aguja permanecerá inmóvil; pero si el órgano se mueve aun, la aguja se estremecerá más ó menos sensiblemente.

El medio pareció infalible, y fué declarado tal por los amigos de Bouchut, y luego por sus adversarios también. Pero estos no tardaron en demostrar los peligros que ofrecía en la práctica, y el público les dió la razón, al observar que ese procedimiento no se arraigaría jamás en las costumbres, por cuanto hería vivamente los sentimientos más respetables.

Tal era el estado de la cuestión,—es decir, que el signo de Bouchut era enérgicamente combatido,—cuando la Academia de Medicina premió una memoria de Josat, que no admitía como señal segura de muerte más que la descomposición cadavérica. Esto era condenar la auscultación del corazón, y equivalía, después de haber recompensado á Bouchut, á pronunciarse en favor de un método cuyo principio era en cierto modo una negación.

En efecto, al autorizar la memoria de Josat con la sanción oficial, la Academia proclamaba implícitamente que, en el estado actual de la cien-

cia, no existía ningún signo inmediato y seguro de la muerte.

Bajo la influencia de estas ideas, los doctores Belval y Guillery preconizaron en 1895 la reforma completa de nuestros hábitos funerarios, indicando una medida que tenía el doble objeto de apresurar la descomposición cadavérica en los muertos verdaderos, y conservar la vida en los muertos aparentes:—la respiración artificial.

La indicación, aunque bien aceptada en teoría, no tuvo ningún éxito práctico, y se continuó siempre, y se continuará por largo tiempo sin duda, con la faja que aprieta las mandíbulas y el sudario que cubre la cabeza, los cuales acaban seguramente, por la asfixia con aquellos á quienes la enfermedad y el frío no han muerto definitivamente.

Pero hoy renace la esperanza. El doctor Icard, movido por la deficiencia de los procedimientos conocidos, y víctima él mismo de sus numerosos inconvenientes, hizo un día la acupunción del corazón, y causó una verdadera revolución en Marsella. El método de este sabio es sencillo é inofensivo, y permite hacer el diagnóstico seguro de la muerte, en pocos minutos.

Nada de aparatos complicados: una pequeña jeringa de inyecciones subcutáneas, y una sustancia colorante derivada de la anilina. En cuanto al principio, es verdaderamente científico.

Helo aquí: no puede haber vida sin circulación de la sangre. De la misma manera, desde que hay circulación, habrá vida, absorción, movimiento.

Empero, ¿cómo comprobar infaliblemente, la existencia de todo eso? La circulación, el movimiento, la absorción, son en muchos casos tan imperceptibles para nuestros sentidos como la palpación. Esa es la dificultad que ha vencido el doctor Icard, haciendo visible al ojo todos esos fenómenos, y la que es lo mismo para el objeto, la consecuencia natural de esos fenómenos.

Al efecto, el doctor Icard inyecta en las venas de un animal puesto previamente en un estado completo de muerte aparente, un poco de fluoreceína. Esta sustancia tiene un poder colorante muy enérgico: un miligramo basta para teñir de verde 15 litros de agua.

Una picadura en la piel, una pequeña inyección, algunos momentos de espera, y el perro, el gato, el conejo, puestos en estado de muerte aparente, se coloran de amarillo verdoso, el ojo entero toma una visible coloración verde, la sangre misma se tiñe de ese color. Pero he aquí un perro ó un conejo que no reaccionan, que no se coloran: es que la submersión y la asfixia han ido demasiado lejos, y han producido la muerte real!

Por consiguiente, cuando se presenta la coloración, es porque hay circulación, porque hay vida, y el sujeto muerto aparentemente, aun cuando los latidos del corazón hayan desaparecido por completo, puede ser reanimado y salvado por medio de la respiración artificial; en cambio, el sujeto que no se tiñe con la inyección, está muerto, definitivamente muerto, y todo esfuerzo será inútil.

Tal es el principio del nuevo método. Y como el asunto es en extremo interesante, es muy posible que le dedique aquí un mayor desarrollo en alguna crónica próxima.

DOCTOR ANDES.

¿CENTRAL?

SEÑORITAS del teléfono—según he oído decir,—sois todas de lo más listo, y más bello y más gentil—que Dios ha criado, para—hacer al hombre feliz—que á inteligentes y á lindas—no hay quien pueda competir—con vosotras, pues cada una,—por su talento y su *chic*,—es un Edison por dentro—y por fuera un querubín.

Pero como yo no os veo,—cuando me quiero servir—del teléfono, en lugar—de esas gracias, para mí—sólo teneis una gracia—que yo no puedo sufrir—la de tenerme dos horas,—hasta que me aburro, al fin—dale que dale al botón...—ti qui, ti-qui—ti-qui-ti...

—¿Central? ... No contesta nadie—¿Central?... Siguen sin oír.—¿Central?... Por las once mil—¿Central?... Que es asunto urgente...—¿Central?... Que voy á sufrir—un perjuicio pistonudo—¿Central?... ¿Central? Y ya así—á las tres horas ó cuatro,—si no me llegué á rendir,—resuena el *tilin* del timbre—y oigo una voz juvenil,—entre burlona y amable,—que á mí me hace más *tilin*,—y que me dice:—¿Han llamado—por casualidad ahí?

—¿Si estoy llamando, señora,—desde mediados de Abril—y ya estamos en Diciembre?...—¿Y desea usted algo?...—Si,—comunicación, al punto—con el cuatrocientos mil—cuarenta y nueve. En seguida.—Resuena el timbre... ¡Ah! ¡Por fin!

—¿Eres tú mi Telesfora,—mi amor, mi vida, mi huri?...—Y una voz ronca responde:—No, señor...

Soy don Quintín.—Dispense usted... habrá un cruce—Si le cogiera á usted aquí—ya le cruzaría yo—de un sablazo la nariz—Pero es que...—No sufro á nadie—el que se burle de mí—¿Es usted un animal?...—Y es usted un zarramplín!—Ya averiguaré quien es,—porque no se ha de reír—de mí ningún mequetrefe—cuando soy un puerco espín—Lo de *espín* pienso que sobra—¡Insolente!—¿Zascandil!

Resuena el timbre...—¿Ha acabado?—dice la voz juvenil—entre burlona y amable.—Si, señora, concluí—con mi paciencia; por culpa—de usted seré ya infeliz:—no puedo hablar con mi novia,—y me costará el reír,—y, en cambio he podido hablar—con un señor incivil—que por el maldito cruce—quiere darme que sentir...

Se oye una risa, que ya—me pone fuera de mí:—otra vez reina el silencio:—quiero enmendar el desliz—y hablar con mi Telesfora—y vuelvo á pasarme así—otras tres horas ó cuatro—hasta que me aburro, al fin—de estar dando al botoncito—ti-qui, ti-qui, ti-qui, ti-qui...

El servicio telefónico—es muy útil al país—y está bien en vuestras manos—cuando procuráis cumplir;—pero, hijas, no os descuidéis—porque no digan así—que en ese servicio llega—á ser vicio el no servir.

EL JURAMENTO DE CONFUCIO

DÍAS atrás comparecieron dos chinos ante el tribunal de policía de West Hann, establecido en Londres.

Uno de ellos acusaba al otro de haberle asaltado y herido en la calle.

En el momento de presentarse en el banco de los testigos, el querellante rechazó la Biblia que le presentaba el canceller y pidió que le diesen una vela encendida y un plato.

Después de haber manifestado el intérprete que hay en China una secta que tiene necesidad de aquellos dos objetos para prestar juramento, le fueron entregados al querellante la vela encendida y el plato que solicitaba.

El chino apagó de un soplo la luz, haciendo notar que no había tenido necesidad de soplar dos veces. Cogió después el plato y lo arrojó contra el suelo, donde quedó hecho añicos.

La pantomima del hijo del Celeste Imperio significaba lo siguiente:

«Si faltó á la verdad, que mi alma se extinga repentinamente como apago esta luz, y que mi cuerpo se destrozé como acabo de hacer añicos este plato.»

UN AMANTE DECADENTE

DEL LIBRO «HOJARASCA»

Él—Fantaséemosnos Waltida, arpegiando la fragancia, en hibernales de Francia y estivales de Uranida!....

Tras del biombo y del dosel debajo, que ardor gasíneo emerge; cual ajeníneo escáncia la copa fiel, sofáséemosnos huyendo del walpurgis les alados rumores alabastrados que al Urán van sonriendo!....

Y con volapuc cupídico, y con suspiros agónicos, dejemos surgir, pasiónicos, de nuestro ensueño turquítico los arpegios y los giros de nuestros goces jazmineos y nuestros gustos celineos, que visionan los suspiros!....

Ya nos esperan nupciales cual estival de estelarias, y seremos envidiarias á los ojos celibales!.... ¿Mi lampireo decadente, comprendes, féerico ensueño?...

Ella—No comprendo vuestro empeño... soy, quizá, tan inocente!....

Él—¿Cómo! Hádico tonante!; ¿soy esotérico loco, que no me entiendo mi amante,... ni yo me entiendo tampoco?....

BALDOMERO GARCIA SAGASTUME.



ASPASIA

Por CASIMIRO PRIETO — Ilustración de MAROLD

AL DISTINGUIDO ESCRITOR GUATEMALTECO

DON FEDERICO S. DE TEJADA

¿Qué diablos te pasa, que estás gesticulando como un loco? Vamos, tú no estás bien de la cabeza.

—No es para menos; figúrate que Aspasia...

—¿La mujer de Pericles?

—Hombre, no se trata de la famosa griega... si hay aquí algún griego, soy yo.

—¿Tú? ¿cuando digo que estás mal de la cabeza!

—Al menos, cuando hablo de amor a Aspasia, parece que la hablo en griego...

—¿Y quién es ella?

—La hija del general Santurces... ¡una divinidad! la conocí en Biarritz el año pasado, donde la vi una sola vez, pero fué lo bastante para quedar prendado de sus hechizos.

—¿Y pretendes haberla conocido, viéndola una sola vez? me parece que es mucha pretensión la tuya... Aquí donde me ves, yo no conocí a mi mujer hasta después de haberme casado con ella.

—Quiero decir que la conocí de vista.

—Y te enamoraste *ipso facto*.

—Es mi primer amor...

—Bueno, pues me alegraré que te alivies de la cabeza... ¡abur!

—Es que no te suelto.

—¡Imposible! mi mujer me espera...

—Pues es necesario que me escuches; olvida a tu mujer por un momento y sacrificate a la amistad... ¡Ah! ¡soy muy desgraciado! ¡Aspasia no me ama!

—¿Y a eso llamas desgracia? ¿qué no daría yo porque mi mujer fuese como tu Aspasia? ¡el amor! el amor, después de la luna de miel, es un anacronismo.

—¿Te pesa que tu mujer esté enamorada de ti?

—Tú no sabes lo que es una esposa enamorada; ¡la peor de las desdichas! te persigue con sus celos, desconfía de todo el mundo, espía tus menores movimientos, te tiende lazos... ¡vamos! ¡que no es vivir! ¿ves este arañazo que a manera de caprichoso arabesco cruza mi mejilla? pues bien, este arañazo es un recuerdo... *de amor*. Mi mujer quiso probar mi fidelidad con una de sus doncellas, y no tardó en saber cuántos puntos calzaba... ni yo en trabar relación con sus uñas, que son el arma defensiva de que ha dotado la naturaleza a las mujeres y a los gatos.

—Pues tiene razón tu mujer.

—Si conocieras a Rosalia, la doncella, no dirías que mi mujer tiene razón. Figúrate una Venus morena, con más fuego en la mirada que en el sol de los trópicos y más curvas en el seno que en un tratado de geometría. Mi mujer me dejó a solas con ella; me dijo que se iba a las cuarenta horas, y sentí un estremecimiento de placer; porque, lo que yo decía, si se va a las *cuarenta horas*, no volverá hasta pasado mañana y me dejará tranquilo; pero ¡ay! cuando más descuidado estaba, enseñando a conjugar el verbo amar a la doncella, se presentó de súbito mi mujer, lanzó un rugido, me tiró... no sé qué a la cabeza, creo que un bronce que representaba a Semiramis poniéndose el corsé, que me hizo ver las siete cabrillas, y luego... luego se abalanzó como una fiera sobre mí y me clavó las uñas en el rostro. ¿Te parecen agradables estas expansiones... amorosas? porque todo aquello era amor, amor exacerbado por los celos, que son la pasión más temible en la mujer.

—Así y todo, por encender en el corazón de Aspasia una chispa del fuego divino, daría... daría lo que no tengo.

—Pues el sacrificio no te resultaría muy caro. Pero, vamos a cuentas: ¿Aspasia sabe que la quieres con tanta pasión?

—Como que por ella tuve un duelo con un periodista en París, donde nos encontramos más tarde, y estuve a punto también de batirme con otro...

—¿Cáspita! ¿con quién?

—Con un barón sueco... ó que se hacía el sueco, al menos, a las manifestaciones de desagrado que provocaba en mí su fastidioso mosconeó en torno de Aspasia. Un día, en el comedor del hotel, no pude contenerme más y le di un bofetón tan fuerte y sonoro, que tuvo resonancia en todos los periódicos de París.

—¿Y el barón?

—Pues el barón, que es muy patriota, quiso seguir haciéndose... el sueco, pero el temor, sin duda, de ponerse en ridículo a los ojos de Aspasia, le decidió a mandarme sus tíos...

—¿Cómo sus tíos?

—Dos tíos groenlandeses que viajaban con él en busca de la mujer de uno de ellos, que se había perdido, y que quisieron ser los padrinos del barón en el lance a que se veía provocado. Primero se discutieron las condiciones del duelo entre los esquimales y dos amigos míos, no dejando de ofrecer algunas dificultades tal arreglo. Uno de los groenlandeses pretendía que ambos adversarios subiéramos a la torre Eiffel y el que tuviera más puños precipitara al otro al abismo... de París, y el otro, de carácter más pacífico, proponía

que el duelo se verificase a cuchillo... y tenedor. Por fin, después de mucho discutir, se eligió el florete.

—¿Y Aspasia no trató de impedir el lance?

—Eso era lo que yo deseaba, no precisamente para ceder a sus ruegos, sino para insistir en mis empeños de honra, con lo que creía hacerme más interesante a sus ojos, probándole que estaba dispuesto a sacrificar mi vida por ella. Pero... ¡como si tal cosa!... cuando la treía presa de nerviosa agitación en sus habitaciones, rogando, quizá, a la Virgen de su devoción que no corriese mucha sangre... la vi sonriente y tranquila, al pie de la suntuosa escalera del hotel, con el general, saliendo para la Opera...

—¿Pero esa chica no tiene alma?

—Confieso que me quedé frío, y tentaciones me dieron de aceptar el duelo propuesto por uno de los groenlandeses; es decir, a cuchillo... y tenedor; pero mi honra estaba empeñada en aquel lance, y la honra no es como la capa, que se desempeña fácilmente.

—Pues chico, hiciste una barbaridad. Una mujer así no merece que se den de estocadas por ella dos caballeros... particulares.

—A las cuatro de la mañana del día siguiente me dirigí con mis padrinos a Passy, en cuyos alrededores debía verificarse el encuentro, y allí esperamos al barón sueco y a los groenlandeses, según lo convenido. Pero pasaron dos horas mortales sin que apareciesen, y cuando ya empezábamos a comentar de una manera desfavorable para ellos aquella tardanza, inusitada en las costumbres caballerescas de todos los siglos, a partir de la Edad Media, llegó a caballo uno de los esquimales, el más pacífico, el cual nos hizo saber que el duelo no podía verificarse, porque a su ahijado acababa de darle el sarampión.

—¡Vaya un pretexto inverosímil!

—Así se lo hicimos presente al groenlandés, diciéndole que esa enfermedad era propia de niños, ¿y sabes qué contestó? pues contestó que nada tenía de particular que le hubiese dado el sarampión, desde que podía decirse que el barón no tenía más que cuatro meses de edad.

—¿Cómo que no tenía más que cuatro meses?

—Porque parece que cuatro meses antes había rodado por las escaleras de la torre Eiffel...

—¿Y qué?

—Pues nada, que todos dijeron que *acababa de nacer*. En suma, que quedó aplazado el duelo...

—¿Para cuándo le destetaran?

—Y me aproveché del sarampión del sueco para hacer el oso a la hija del general Santurces; pero ¡ay! menos afortunado que Perico, ¡digo! que Pericles, Aspasia siguió mostrándose fría, insensible... Como tengo algún roce con las musas, me declaré a ella en verso, pero mis endecasílabos la dejaron tan fresca. En el único que produjeron efecto fué en el general, quien me amenazó con un pie de paliza si seguía...

—¿Enamorando a Aspasia?

—¡No! si seguía *versificándola*. Y mientras tanto, mi pasión desbordaba de mi pecho e invadía todo mi ser en oleadas de fuego... Me sentía volatilizarse por instantes y hasta temí que llegara un momento en que no quedase de mí individuo más que una pálida sombra.

—¡Infeliz!

—Por fin, un día recibí la visita de uno de los esquimales, el cual me comunicó que el barón sueco estaba curado ya del sarampión y se ponía a mis órdenes.—«Pues ¡ea! me alegro, dije para mí; ya que Aspasia me desaira, me haré matar por ella, y así tal vez consiga una mirada de amor de sus hermosos ojos... Además, el general me de-



volverá su aprecio y olvidará mis endecasílabos ante mi valor heroico... porque el valor ha de ser siempre una buena carta de recomendación para los generales. Y, ¡quién sabe! si no muero, quizá se interese por mí y convenza á su hija de que soy el yerno que le hace falta. Sonreí al groenlandés, le dije que estaba dispuesto á batirme con su ahijado, y convinimos en que el duelo se verificaría al día siguiente.

—¿Y acudió á la cita de honor?
—No se vió ni un perro...
—¿Y no se te subió la mostaza á las narices ante aquella nueva burla?

—¡Vaya si se me subió! y corrí furioso al hotel dispuesto á castigar su acción, indigna de un caballero, por más que sea sueco, pero le encontré lanzando gritos agudos y se desarmó mi cólera del todo.

—¿Pues qué demonios le pasaba?
—Lo que le pasaba era que sufría horribilmente... de la dentición.

—¿De la dentición?
—Como lo oyes.
—No me explico...
—Es que le habían colocado mal, la noche ante-

tazó la bilis y mandé un cartel de desafío á uno de los chicos de la prensa...

—¿Y os batisteis?
—¡Vaya! y le dejé en el sitio...

—¿Muerto?
—No... mientras le curaban de un ligero rasguño que tuve la fortuna de hacerle.

—Pero... ¿y el barón sueco? ¿no se batió por fin?
—¡Se batió! pero se batió... en retirada; no le he vuelto á ver.

—Era de esperar.

—Mi duelo con el periodista, no sólo me devolvió la fama de que me veía injustamente despojado, sino que creó en torno de mi nombre una aureola de popularidad que me vino á las mil maravillas. No hay para qué decir que las burlas de los periódicos cesaron como por ensalmo. Porque no hay como dar un estacazo á uno, para que nos respeten todos. Hasta Aspasia pareció enternecerse y ablandarse ante aquel rasgo de valor y dejó de sentir los alfilerazos de sus miradas irónicas. Aquello me alentó y cobré alas. El mismo general me admitió en su sociedad y me autorizó para que siguiese ofreciendo flores y versos á Aspasia. Y desde aquel momento su *boudoir* se con-

templa el arañazo que cruza mi mejilla y dime si no sería una felicidad para mí que mi mujer fuese otra Aspasia.

—Pero... ¿qué me aconsejas?
—¡Que te cases con ella... y tres más!

—¿Eh?

—¡Hombré! es un decir... Por lo demás, no es necesario que la mujer esté rabiosamente enamorada de su marido, para que éste sea feliz; es mejor que le quiera menos, sin esos arrebatos que despiertan los mal dormidos celos á cada instante y hacen volar la dicha... y las Semiramis de bronce. Sin ir más lejos, aquí me tienes á mí, que estoy á punto de ser arañado de nuevo... ¡Cómo estará mi mujer! Conque, cástate con Aspasia ¡oh dichoso Pericles! y ya me lo dirás después... ¡Ea! adiós.

—¡Escucha!
—¡No puedo! son las diez de la noche y mi mujer me espera... para almorzar.

CASIMIRO PRIETO.

Agosto de 1897.



LA PLATA — MONUMENTO Á LA PRIMERA JUNTA REVOLUCIONARIA
PROYECTO PREMIADO DEL ESCULTOR L. ROSSI

rior, unos dientes postizos, que le hacían ver las estrellas...

—Pero eso no era motivo para que rehuyera el lance.

—Se lo hice presente, pero me dijo que habría sido inútil acudir al duelo, porque se había quedado sin padrinos. Parece que uno de los groenlandeses había recibido una carta de Lichtenau, en la que se le comunicaba que su mujer, la... perdida, había aparecido en una goleta dinamarquesa, frente al cabo Farewell, en busca de olvido y perdón. Y allá se había ido el groenlandés dispuesto á hacer una barbaridad.

—Pero, ¿y el otro padrino?
—Se había ido también con el marido burlado, dispuesto á hacer otra... barbaridad.

—¿Otra?

—Es decir, á evitar que el primero hiciera pica-dillo de su mujer. En fin, que volvió á quedar aplazado el duelo, para cuando el barón encontrase dos almas caritativas que se prestasen gustosas á contemplar como nos rompíamos la crisma. Pero la noticia no tardó en llegar á oídos de Aspasia, y excuso decirte que se rió en grande de nosotros. Y no es esto sólo, sino que la noticia cundió por los periódicos de París y no tardamos en ser el blanco de todas las burlas, hasta que se me amos-

virtió en un jardín y las estrofas volaron brillantes, desde las cuerdas de mi lira, á acariciar su oído, y á arrullarla con su música de amores... ¡Ah! ¡cuán feliz era yo! Por fin Aspasia se cansó de París y regresamos á nuestra tierra. Pero ¡ay!

—¿Te duele algo?

—Es una espina que se me clavó en el camino...

—¿En el camino? ¿en el mar? ¡ah! ¡vamos! ¿alguna espina de pescado?

—Una sospecha cruel.

—¿Cuál?

—La de que Aspasia no me quiere, á pesar de que acepta mis obsequios. Y de que se sacrifica á las imposiciones de su padre, que está empeñado en que ha de haber boda.

—¿Y en qué te fundas?

—En su frialdad; en que no muestra impaciencia por verme; en que se queda tan fresca, cuando, por hacerla rabiar de celos, dirijo una lisonja á otra; en el mohín de sus labios cuando la echo una flor; en que no tiene ojeras, lo cual prueba que duerme tan ricamente, sin que la desvele un solo pensamiento de amor, de esos pensamientos que son como los mosquitos, que no le dejan á uno pegar los ojos... ¿Y cómo me caso con una mujer así?

—¿Y á eso llamas desgracia? ¡desventurado! con-

Por Fiestas y Teatros

NOCHE lluviosa y, por lo tanto, vía pública intransitable, auguraba en el primer viernes de la quincena un *éxito pobre* al anunciado concierto del «Prince George's Hall». No fué así, sin embargo; el poderoso atractivo de escuchar otra vez al señor Alfonso Thibaud en una gran sesión de piano y orquesta, había congregado en aquel centro de nuestras más artísticas reuniones, á lo más selecto de nuestra cosmopolita ciudad, y la concurrencia era inmensa, ansiosa de aplaudir al ejecutante notabilísimo que hermana sus brillantes facultades con su brioso y varonil estilo.

Como siempre, el señor Thibaud hizo prodigios, poniendo toda su sensibilidad artística y toda su personalidad en el rebelde instrumento que domina con maestría singular, *convenciendo*, como diría un dilettante, con las terribles sonoridades y los ataques valientes que hacen salir del piano bajo esos dedos agilísimos, maravillosos tonos y armonías de vuelo prodigioso que arrebató á los oyentes.

En los magníficos conciertos de Saint-Saëns y

Rubinstein, ambos 4.ºs para piano y orquesta, brilló con todas sus cualidades de verdadero concertista; en la Gran Polonesa en *mi* bemol de Chopin, halló ocasión de producir esas amables filigranas que indicábamos, y que, partiendo de él, parecían doblemente graciosas; en la barcarola en *sol* mayor de Rubinstein, hizo gala de verdadera espiritualidad; y donde probó hasta maravillar una de las cualidades de su mecanismo, fué en el staccato en octavas del Estudio en *do* mayor del propio Rubinstein, que le valió una ovación sólo comparable a la que obtuvo luego con la fantasía húngara de Liszt con orquesta, en la que estuvo admirable.

Condujose bien la orquesta bajo la dirección del maestro Furlotti, no siendo culpa suya el mal efecto resultante del retardo con que se oían los ataques del metal á causa de las condiciones del salón.

Ha sido el concierto Thihaud un éxito de los buenos, y muestra palmaria de que vamos entrando por el «seguro y recto camino» de nuestra educación musical.

El maestro argentino, autor de las óperas *Evangeline* y *Tarass Bulba*, ha dado una nueva producción de su laboriosidad inteligente. *Pampa*, que así se llama la nueva ópera, basada en un libreto referente á escenas de la pampa argentina, ha sido acogida en nuestro gran teatro lírico con simpatía y benevolencia. La crítica, si es que puede llamarse crítica á ese coro de alabanzas ó de menosprecio que constituye entre nosotros el análisis de toda nueva obra artística, ha extremado el elogio ó ha cargado de punzante ironía la dura disección del nuevo trabajo musical del joven maestro.

No hay, en la rápida audición de un estreno, tema suficiente para un juicio acabado y concreto que condense las impresiones recibidas, y fustigando, ya que ese desdichado libreto lo merece, la pobre elección del asunto, vaya un aplauso al señor Berutti, quien, si no se levanta con rasgos geniales sobre la pléyade de músicos ilustrados del mundo entero, que luchan por alcanzar un puesto de *primera fila*, revela en su última producción una sólida educación artística y una laboriosidad meritoria que ha de conducirle por más altos rumbos á la meta final de la gloria con que sueña todo artista de raza.

Otra noche simpática nos ha proporcionado en esta quincena el teatro de la «Opera», con el beneficio del querido y por mil conceptos egregio maestro Mascheroni, director habilísimo, laborioso y siempre notable de la orquesta de dicho teatro.

Representóse *Tanhausser*, la admirable obra de Wagner, que fué escuchada por el selecto auditorio con recogimiento casi beatífico, (que tal imperio ejercen la belleza artística y la maestría de ejecución) y deslindado méritos y justicieras alabanzas individuales, nuestros aplausos corean á los de la inteligente concurrencia, ya para la señora Bonaplata, incomparable en su papel de Isabel, ya para la señorita Guerrini, á pesar de no adaptarse del todo á su espléndida voz la tessitura de su parte de Venere, ya también para el señor Mariacher, que halla buenos momentos en la de protagonista, el baritono Scotti, que es un Wolfram de primer orden, quien hubo de repetir su romanza del tercer acto, y el bajo señor Rossi.

Terminado el tercer acto, tributáronse muchos aplausos á los artistas, y llamóse varias veces al maestro Mascheroni, como beneficiado, al par que inteligente comentador de tan importante y difícil obra. Obsequiósele, además, con buen número de ricos regalos.

La compañía de Galé ha pasado al teatro de la «Zarzuela», donde renovará los lauros que ha conquistado en el «Mayo», interpretando obras antiguas y modernas del teatro español.

Pero antes de despedirse del lindo teatro de la Avenida de Mayo, nos hizo conocer una obra nueva, con motivo del beneficio de dicho aplaudido primer actor y director de la compañía, presentándonos *Justicias de Antaño*, drama del afamado poeta argentino don Martín Coronado, que obtuvo un éxito satisfactorio.

Desarrollase el drama en la época del virreinato, fuente inagotable de futuras proezas artísticas (sirva el aviso á los decadentes é impresionistas del día) y en él confirma el autor sus laureles poéticos y sus bríos de autor dramático de vuelo varonil, y de destreza singular en las situaciones.

Hay estructura anticuada tal vez, y pormenores de forma, de añejas modas y pasados gustos, pero el *juez mayor* en estas cosas de «cómicos y comediantes» dió sus votos en pró, y Coronado justificó su apellido ciñendo con un girón de gloria, los viejos laureles de su vida literaria, que lo guiarán por seguro rumbo para dar más vida á la acción perezosa de su última producción, sin extremar los toques por escapar de la languidez adormecedora de algunas escenas en esas *justicias* que, por más duras que parezcan, eran en aquellos tiempos que el aplaudido drama rememora, veneros de virilidad y entereza.

Nuestros aplausos.

Otro estreno se nos promete, y augura también felicísimo resultado según rezan los «oyentes» de la nueva obra del notable literato uruguayo don Nicolás Granada. Titúlase ésta, *Atahualpa*, y se desarrolla el histórico asunto, como es natural, en la época del fiero y bravo conquistador del Perú, cuya figura se destaca en el drama con relieve singular, en una tirada de sonoros y hermosos versos que desarrollan el tema en cuatro actos bastante largos.

Tuvo lugar la lectura en la redacción de *El Diario*, periódico de la tarde, y la opinión de los oyentes queda sintetizada con los conceptos siguientes de un conocido y reputado crítico:

«El interesante episodio del fratricidio, cometido por el último de los Incas, en la persona de su hermano Huáscar, y el juicio y condena de aquél por Pizarro, constituyen el argumento de la nueva obra del conocido publicista uruguayo, que mereció calurosas felicitaciones del inteligente auditorio, por la habilidad con que ha sabido desarrollar tan difícil y complicada acción, y, sobre todo, por la riqueza de la versificación con que la ha vestido.

Atahualpa es un drama que promete resultar en el teatro un grandioso espectáculo, lleno de escenas de intenso interés, que los oyentes pudieron entrever con la imaginación, gracias al poderoso vigor con que están trazadas.»

Si la buena voluntad y el favorable juicio precedente bastan para animar al autor á que ponga en escena su nueva obra, *quereré* (?) y opiniones están de acuerdo para el aplauso, que si hay observaciones críticas después, son guijos del terreno literario que fortalecen la potencia intelectual, afirmando los pies para sucesivos trabajos.

La compañía dramática del señor Burón actúa con buena fortuna en el teatro «Victoria» y en su serie de representaciones, «desde la comedia al alto drama» va recorriendo todas las fases de la literatura teatral, cosechando aplausos merecidos y alabanzas sinceras, así el distinguido primer actor y director de la compañía, como sus discretos cooperadores de ambos sexos.

Y colmando gustos y aficiones de nuestro cosmopolita público, «San Martín» con el transformista Frégoli, el «Apolo» con los fantoches americanos, con aplaudidas zarzuelas del viejo repertorio, el teatro de la «Comedia» y *ternes* con el género chico, en el «Rivadavia», hacen las delicias de los que *matan horas de vagar* en los templos (?) del arte en estas noches invernales, dándonos en *Agua, azucarillos y aguardiente* una bonita zarzuela, cuyos números musicales se tararean con regocijo por la juventud aficionada á los minúsculos espectáculos del teatro por horas.

RENÉ.

D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

L a mano artera de un criminal ha terminado los días del más ilustre de los políticos españoles, del estadista de vastísima cultura cuyo renombre y fama en la deshecha borrasca que corre la nación hispana en estos dos últimos años, se había consolidado con relieve singular en el mundo civilizado.

Toda la energía del carácter del jefe del partido español conservador, toda su actividad prodigiosa, todos los eminentes rasgos de su cultivadísimo talento, han tenido desde la restauración borbónica en la madre patria, un solo objeto, una idea tenaz, sostenida con arranques varoniles en las situaciones más extremas, en las dificultades más serias y en los conflictos más amenazadores: la patria, su engrandecimiento, la *continuación de su historia*, como dijera en famosa frase al encargarse del primer gobierno de la Restauración.

Y ha muerto así: en la brecha, luchando con todo su varonil esfuerzo, que era mucho, por España, el que la defendió contra banderías y doctrinarismos, y el que la preparó para una guerra á muerte al «anarquismo», uno de cuyos feroces apóstoles ha cortado la vida de este cerebro privilegiado.

Si notable era su ciencia política y notabilísima su erudición en todos los asuntos, era también su resolución (cuando de acción se trataba) pronta y eficaz, y esto unido á su palabra fácil y brillante, su carácter jamás desmentido, hacían de Cánovas del Castillo el verdadero hombre de estado, y en España y fuera de España, se le consideraba como uno de los primeros políticos de la actualidad, cuyos méritos extraordinarios y cuyas condiciones excepcionales reconocían sus más decididos adversarios.

Desde que se reveló en el manifiesto de Manzanares, hace cerca de medio siglo, hasta el momento en que la traidora mano asesina ha puesto fin á su vida, el nombre de Cánovas del Castillo figura en todos los grandes acontecimientos de la historia de la España contemporánea, creciendo siempre en importancia á medida que el tiempo maduraba las ideas, los sentimientos y la perspicacia política del ilustre malagueño.

Caida la dinastía de Borbón el 29 de Septiembre de 1868, organizada en el año siguiente la nación y electo rey de España don Amadeo de Saboya, Cánovas del Castillo, con la claridad indiscutible de su juicio, dióse inmediata cuenta de la efímera vida que esperaba á aquel trono *exótico* y puso entera su personalidad al servicio de la causa de la restauración, recibiendo plenos poderes del que fué luego Alfonso XII.

En su nombre, organizó la regencia, después de la proclamación hecha por Martínez Campos en Sagunto, y sostenedor infatigable de la monarquía y consejero leal del nuevo rey, aunque representara al frente de su gobierno los principios más conservadores, cuidó empeñosamente de atraer al rededor del trono, no solamente los elementos liberales monárquicos, sino aún los republicanos más templados y, sobre todo, aquellos que, como los amigos del Sr. Martos, por sus tradiciones y por sus tendencias, podían con menos dificultad ser asimilados y constituir fuerzas eficaces para consolidar al nuevo rey, á cuyo rededor congregó las sueltas falanges de la «Unión Católica» que el Sr. Pidal gobernaba y dirigía.

Nacido para la lucha, que empezó desde sus primeros años (pues provenía de modestísima familia) reunía para la resistencia, maravillosas dotes de hombre de estado, y no rehuyó jamás responsabilidades y se mantuvo en el poder, desafiando las más violentas oposiciones, siempre altivo, pero sin que nublase su «vista de político» la soberbia, cuando juzgó que debían concederse á la opinión satisfacciones merecidas: sabiendo, en su precisa estimación de las circunstancias y de los momentos, aconsejar á Alfonso XII que entregara el poder al partido liberal, cuando vió perfectamente consolidada la monarquía, después de cinco años de gobierno, siendo también el primero al inaugurarse la actual regencia, en persuadir á doña María Cristina de la necesidad de llamar al poder al partido liberal y su jefe Sr. Sagasta.

Al estallar la guerra de Cuba, y cuando con motivo de violencias cometidas por una parte del ejército con algunos diarios madrileños, llevaron las amenazas carácter comprometidísimo, Cánovas volvió al poder, afrontando la situación más difícil porque ha atravesado España en los últimos ochenta años, sin vacilaciones, sin desfallecimientos y causando la admiración del mundo por la forma en que, eficazmente secundado por el general Azcárraga, supo atender á las necesidades de dos guerras sostenidas á tan largas y opuestas distancias de la metrópoli, concediendo á la isla antillana las más amplias reformas políticas y administrativas, con aplauso sincero del avanzado partido autonomista cubano y de sus notables hombres dirigentes.

Breves son estas notas para cuanto quisiéramos exponer á la consideración de nuestros lectores sobre el egregio estadista que ha pasado á mejor vida; pero al cerrarse este número, ya en prensa, nos vemos limitados á las cortas notas precedentes.

Memoria eterna y gloriosa deja en la madre patria el ilustre político, y no menor alcance ha de tener en el mundo americano su tacto innegable en los amenazantes conflictos norteamericano-hispanos.

Paz á sus restos, y nuestro voto afectuoso y entusiasta por la altiva nación ibérica, que sabrá, como en toda su incomparable historia, vencer este nuevo obstáculo que amenaza á su progreso y á su acción innegable en los fastos del mundo civilizado.



DOCTOR LUIS BELÁUSTEGUI

EL nuevo Ministro de Justicia, Culto é Instrucción Pública que reemplaza en el gabinete al saliente, doctor Bermejo, es un antiguo magistrado de la provincia de Buenos Aires, de claro juicio, ilustración vasta y laboriosidad activa, alejado de la agitación de los partidos políticos, á pesar de su reconocida filiación en el que acaudilla el ilustre general Mitre.

No lleva el doctor Beláustegui al alto cargo que se le ha conferido, planes nuevos, ni reformas ni modificaciones á la gestión de sus antecesores: va á completar, en cuanto posible sea, la obra del que le precedió, ayudado por dos cualidades que le distinguen: la de sus profundos conocimientos generales y la de su inquebrantable tenacidad para vencer obstáculos, apoyándose en su recto criterio y en la ciencia de la vida, adquirida en su larga carrera de renombrado juriconsulto. Y es claro que su «bagaje intelectual» como hoy se dice, ha de permitirle desenvolverse, con sello propio, su acción eficaz, ya en el campo judicial, ya en el intrincado laberinto de nuestra enseñanza, tan traída y llevada en los últimos tiempos, á remolque de amplificaciones oropelescas, sin provecho alguno.

Vinculado el ilustrado Ministro, á lo más selecto de la sociedad bonaerense y á lo más notable de la chilena, goza de alta estima en los círculos sociales, que han de secundarle con «buena voluntad» (tan necesaria en los puestos elevados) con la sanción moral aprobatoria del elemento culto que tanto influye en la corriente de las ideas de los pueblos, y á tanto obliga á ministros que como el que nos ocupa, han pulsado la opinión imparcial fuera del ambiente apasionado de las banderías políticas.

DOCTOR FERNANDO ITURBURU

DISTINGUIDO abogado, hombre culto, de clara inteligencia y de amable trato, tal es el doctor Fernando Iturburu, Ministro del Paraguay entre nosotros, de cuyos biográficos antecedentes hacemos rápido esbozo en estas líneas.

La hospitalidad argentina ha conquistado para su sociedad al ilustrado diplomático, hace bastantes años, pues vinculado en ella, por su familia y sus relaciones, es contado como de los nuestros á pesar de su nacionalidad paraguaya. Ya su familia, en tiempos de la tiranía siniestra del dictador Francia, tuvo que emigrar allá por 1853, de su país, y el doctor Iturburu, desde entonces, ha residido con cortos intervalos en nuestra tierra, formándose aquí en su juventud, estudiando en nuestros colegios y cursando después en la Universidad de Buenos Aires las asignaturas del doctorado en jurisprudencia, cuyo título conquistó en buena lid, demostrando el vasto alcance de sus conocimientos en su carrera profesional.

Abrió después su estudio de abogado en San Nicolás de los Arroyos, extendiendo el justo renombre de su competencia reconocida en la abogacía, cuando el gobierno paraguayo lo designó para el alto cargo que ejerce actualmente.

No olvidó durante su forzosa permanencia entre nosotros, el doctor Iturburu, á su patria de origen, pues que, al terminarse la contienda que el Paraguay sostuvo con las naciones aliadas, y que finalizó con la muerte del dictador Solano López, consagrándose á sus deberes de ciudadano, volvió á su país, para formar parte del primer Congreso legislativo, después de haber sido jurada la Constitución de la República; pero disuelto aquel Congreso, los vaivenes de la política le obligaron á emigrar á esta su tierra adoptiva, que abandonó una vez más para volver al Paraguay; pero nombrado Presidente del Tribunal de Justicia, rehusó dicho puesto por incompatibilidades que repugnaban á su carácter, á sus ideas y á su entereza cívica, regresando á su constante refugio argentino, donde las bellas cualidades que le adornan le han abierto amplio campo de consideración y estima en nuestra culta sociedad, y especialmente en la de esta Capital, donde reside hace algún tiempo.

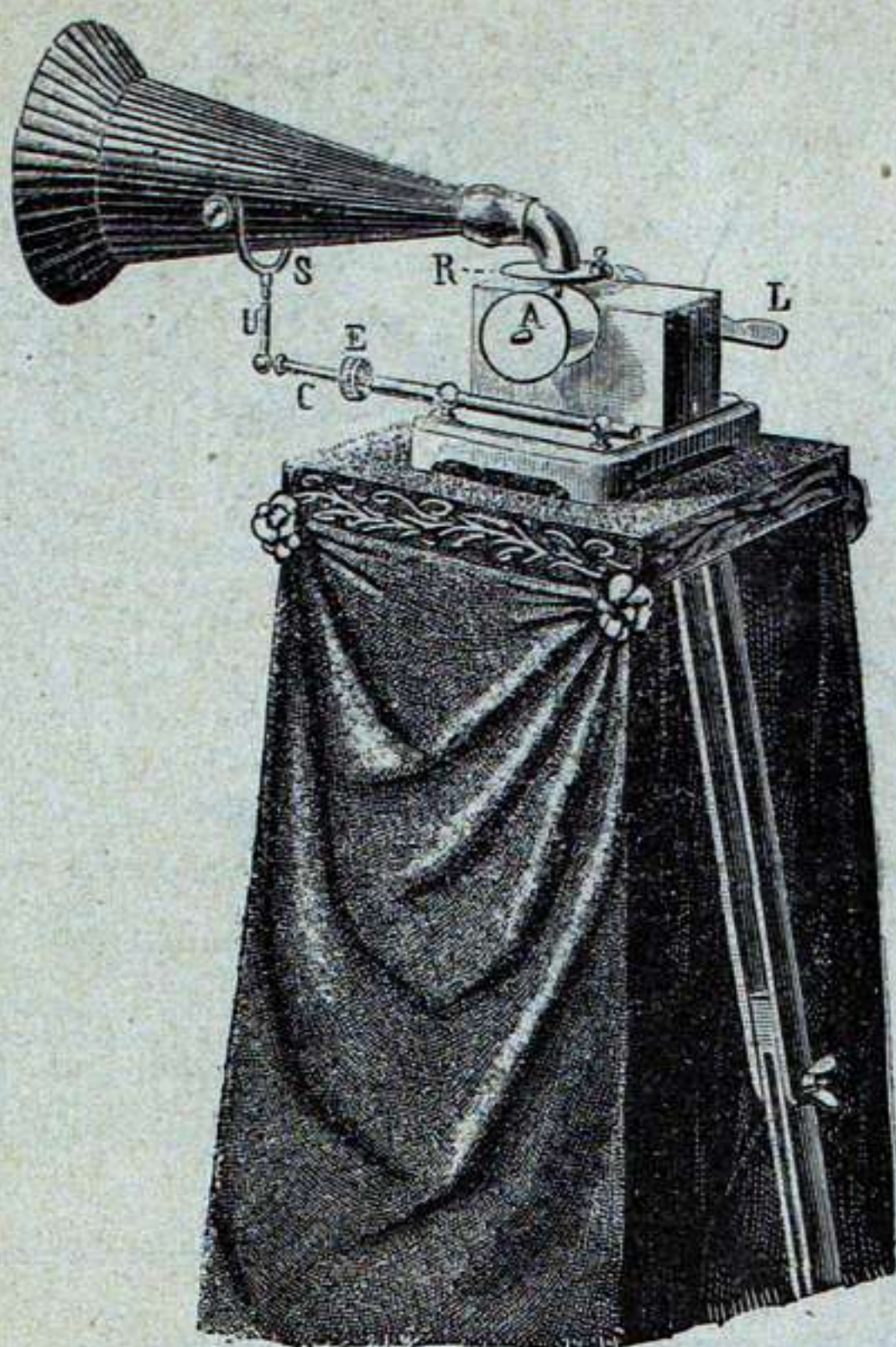
¿DÓNDE VAMOS Á PARAR?

TAL es la expresión que á menudo escapa de nuestros labios cada vez que un nuevo descubrimiento, un invento prodigioso, nos advierte la rapidez con que en este final de siglo va marchando la corriente del progreso. No enumeremos las conquistas recientemente alcanzadas por la Física, la Química, la Mecánica; no nos detengamos á recordar tal ó cual aparato, tal ó cual nueva aplicación de cosas que ya se conocían más ó menos imperfectamente; fijémonos, solamente en algo de hoy, que esté á nuestro alcance inmediato. ¿Qué podrá ser? Pues id un momento, sólo unos minutos, á la conocida casa de útiles fotográficos de Mr. Lepage y C.^a (Bolívar 375) y allí encontrareis la gran novedad del día: el nuevo fonógrafo que acaba de construir un mecánico francés.

Cabe al Sr. Lepage la satisfacción de haber sido el primero en introducir en Buenos Aires el nuevo tenaz «charlador», que es sencillamente una maravilla de simplicidad, lo que no quita que en su género reúna toda la perfección imaginable. En este nuevo fonógrafo ya no se necesitan corrientes eléctricas, ni mecanismos complicados, ni tampoco los canutillos que metíamos en nuestros oídos para percibir bien las voces; ahora, 100, 500, 1.000 personas á la vez pueden escuchar las reproducciones del fonógrafo, aún encontrándose á una gran distancia de él. Y aunque esto no sea propiamente una novedad, puesto que ya Edison nos ha hecho oír su fonógrafo en parecidas condiciones, lo es sin embargo, por tratarse de un aparatito simplísimo que un niño puede manejar fácilmente, y cuyo costo es mucho menor que el de cualquiera de los fonógrafos que se exhiben en varios puntos de nuestra capital.

Acúdase, pues, á la casa del Sr. Lepage y C.^a y cada cual podrá admirarse á su gusto al escuchar desde lejos, con una claridad y perfección asombrosas, un trozo de «Hugonotes», los acordes de una banda ó un discurso en volapuk. Y después

se acabará por exclamar como nosotros: ¿Dónde iremos á parar?



Bailey, Walker y C.^a—Anotamos de la circular recibida de estos señores, que han comprado del señor D. Carlos Bright el negocio que tenía en la calle Cuyo, 872, de materiales en general para instalaciones de luz eléctrica, habiendo dicha razón social, trasladado aquél y éstos á su local, calle Cuyo, 452 á 456, donde tiene establecidos su escritorio y depósito.

Tradiciones de Buenos Aires.—Ha aparecido el IV tomo de esta conocida obra del ilustrado escritor argentino, con cuyos rasgos tradicionales hemos honrado y honramos las páginas de nuestra revista, como podrán verlo nuestros habituales lectores de este periódico quincenal, y excusado es anotar que el último tomo aparecido no desmerece en interés y amenidad de los publicados anteriormente.

Sr. Juan J. Thompson.—Muy conocido y estimado en la colectividad inglesa que entre nosotros reside, fué en vida el distinguido caballero que llevó este nombre, y en la inhumación de sus restos la colonia británica ha dado patente prueba del afecto y consideración de que gozaba el extinto. Paz á sus restos.

Doctor D. Felipe Solá.—Inesperadamente ha dejado de existir el ilustre médico español, de este nombre, que en su larga residencia en el país, vinculado por sus relaciones y por su saber á lo más distinguido de la sociedad argentina y de la española aquí residente, deja un irreparable hueco en los más conocidos círculos sociales.

Hombre de vasta preparación científica, alienista de renombre, dejará memoria inolvidable en establecimientos á su esfuerzo debidos, y grato recuerdo por la expansibilidad de su carácter y la sinceridad leal de su trato en el círculo de sus numerosas relaciones sociales.

Descanse en paz el afamado médico y sirva la condolencia general de lenitivo al pesar de sus deudos!

Anuario de la Prensa Argentina.—En elegante volumen ha aparecido el «Anuario de la Prensa Argentina» que dirige el señor Jorge Navarro Viola: tiene este libro, primero de su clase, un largo artículo de introducción en que, á grandes rasgos, se estudian las tendencias, historia y progresos de nuestro periodismo, un poco apasionados y parciales en los conceptos y razonamientos que expone, que revelan un trabajo un tanto precipitado: sigue la «Legislación de Imprenta» por el doctor E. Lobos, viejo adalid del periodismo y heraldo de la «propiedad literaria», simpática idea que sostiene en un proyecto, un tanto deficiente, el estudioso diputado: y el estudio de «La Prensa Socialista» por el ameno y brioso publicista Roberto J. Payró; continuándose la obra con un espécimen de los diarios y revistas del país argentino.

Agradecemos el envío.

Biblioteca Popular.—Con este título, y por medio de publicaciones semanales de folletos á 25 centavos el ejemplar, ha publicado la librería establecida en la calle General Lavalle, 557, obras tan conocidas como las de Legouvé, Coppée, Coloma y Daudet, en ediciones de clara impresión y bella presentación tipográfica, que recomiendan la popularización de obras tan notables de los mejores escritores conocidos.

Nuestro aplauso, salvo «aquello de la propiedad literaria», y gracias por los tomitos recibidos.

LAS DAMAS más elegantes han renunciado al antiguo cold-cream que se vuelve rancio y da al rostro un reflejo lustroso. En su lugar han adoptado la **CREMA SIMON**. Los Polvos de arroz y el Jabón Simón, que constituye la perfumería más higiénica y más eficaz.

Exigir la marca de fábrica.

J. SIMON, rue Grange Batelière, Paris, y en las farmacias, perfumerías, bazares y mercaderías del mundo entero.

No hay forma de raquitismo ó escrofulismo que resista el uso continuado de la «Emulsión de Scott».

Buenos Aires, Septiembre de 1891.

El abajo firmado certifica que ha suministrado por mucho tiempo la EMULSION DE SCOTT, y en los casos de escrófula y linfatismo le ha dado excelentes resultados.

DR. G. CELASCO.



En el Paseo de la Recoleta.—Grabado de A. Barceló.—No hay en Buenos Aires, y en el casco de la población, paseo más concurrido, más conocido ni de mayores atractivos para cuantos buscan en amplio espacio, recreo á su vista, aire respirable para sus pulmones, y sociable conjunto para sus gustos de ciudadano mal avenido con las soledades campestres.

Y el dibujo de nuestras páginas, encantadoramente trabajado por el señor Barceló, inteligente grabador á quien más de una vez hemos elogiado con nuestras justas alabanzas, como en el caso actual, presenta el precioso paseo de la Recoleta, en uno de sus días de movimiento, en que se cruzan los paseantes á pie con los lujosos carruajes que por la Avenida Alvear se dirigen al lejano paseo de Palermo. La modesta burguesía lleva á la Recoleta la vida y animación que en Palermo falta, y los juegos de niñas y niños, el embeleso de los entontecidos papás que los contemplan, los coquetones grupos de muchachas de frescos años que dirigen flechas de amor á jóvenes y hombres maduros, junto al animado grupo de retozones mozaletes que disfrutan del día de fiesta, hacen del paseo de la Recoleta el más solicitado de nuestros sitios de honesto solaz y barato recreo.

República Oriental del Uruguay, Montevideo—La Escuela de Artes y Oficios.—El hermoso edificio que nuestro grabado representa, es el de la Escuela de Artes y Oficios, centro de instrucción de esa juventud lozana que lucha á brazo partido, cada día, para alcanzar el pan cotidiano: noble institución moderna, que facilita al gremio obrero enseñanza útil y ventajosa, tiene en la hermosa capital de la república hermana, un establecimiento de sólida construcción, distribuido oportunamente para la educación intelectual de la grey trabajadora que adquiere así, paulatinamente, variado campo en que desarrollar su actividad y su ingenio.

Colegio Nacional del Uruguay. Monumento á Urquiza, Larroque y Clark.—Un monumento erigido al fundador del histórico colegio, General don Justo José de Urquiza, al que bajo su habilísima dirección encauzó los estudios, doctor don Alberto Larroque, y al auxiliar perseverante é inteligente administrador don Jorge Clark, adornan el patio del colegio de la ciudad de Concepción del Uruguay en la provincia de Entre Ríos, y es lo que nuestro grabado representa.

En aquella década brillante que empezó en 1849, sobresalen el ilustre fundador y sus dos no menos ilustres cooperadores en la obra de regeneración intelectual de la provincia entrerriana, de la pléyade de varones distinguidos que brillaron con la potencia de sus esfuerzos, y justicia histórica es el honrarlos con el artístico monumento de que nos ocupamos, y gratitud merecida que el cuerpo de ilustrados profesores de aquella localidad y la congregación de elementos de aquella sociedad, con ofrendas sinceras y propaganda generosa, depositan al pie de ese recuerdo perenne de que los beneficios de la instrucción no pueden olvidarse por los pueblos amantes del progreso y de la civilización.

El corto espacio de esta sección no nos permite extendernos cual quisiéramos, sobre el proceso intelectual durante este último medio siglo de la provincia entrerriana, progreso evidente y singular que se debe en gran parte á las luces que ha irradiado el histórico colegio, esparciendo la fructífera semilla de la enseñanza por la dilatada zona de sus lindos pueblos y hermosas campiñas.

Bellas Artes—Regreso del mercado.—Acuarela de Gabani.—El animado grupo que el reputado artista representa en esa acuarela, cuya reproducción va en nuestras páginas, está sentido con naturalidad, y nos revela una de las escenas de la campaña romana: vuelven á sus hogares los sencillos campesinos en su rústico carro, al acom-

pasado trote de sus caballos, contándose sus impresiones de la ciudad, y satisfechos del recuento de sus modestas ganancias en el mercado, gozosos al disfrutar de luz y amplio ambiente, tan escasos en la gran capital que les llama con el único incentivo de la fácil venta de los frutos que sus toscas manos fomentaron en la tierra generosa.

Bellas Artes. La disputa en el mesón—Pintura al óleo; cuadro de Ruiz Guerrero— Pasaron las gratas impresiones y la amistosa charla: el tranquilo mesón es ahora campo de discusión y riña: la disputa se trabó por una bicoca, pero las palabras hirientes se han amontonado de uno a otro disertante, y es de temer un triste desenlace: hay movimiento en las figuras, naturalidad en el estudio de todos los detalles, presentados con maestría por el artista, y constituyen esas notas bien sentidas el asunto del cuadro que en nuestras páginas reproducimos.

La Plata. Monumento á la Junta de 1810— Entregadas al gobierno de la provincia de Buenos Aires las estatuas de los nueve miembros de la primera Junta Revolucionaria, esculpidas por el maestro Pietro di Costa, profesor de la Academia de Florencia, el Ministerio de obras públicas nombró una comisión especial, presidida por el Vicegobernador, coronel Arias, encargándola de los trabajos tendentes á la erección de un monumento, del que esas estatuas debían formar parte. Sobre diez modelos presentados al concurso artístico que la comisión organizó, obtuvo el primer premio el que con el lema *Ego Sum*, ofreció el escultor Lucio Rossi.

El grabado que publicamos nos ahorra la descripción minuciosa de esa obra de arte, de la que el jury constituido por el doctor Carlos Pellegrini, ingeniero Romero, escultor Correa Morales, pintor Schiaffino y arquitecto Mayer, opinó que entre todas las que se examinaron era la única que había conseguido conservar á las estatuas de los miembros de la Junta su mayor importancia dentro de una distribución feliz.

Las dimensiones principales del monumento, aceptadas por la comisión, son las siguientes:

El cuerpo central es de 14 metros de altura; de 3 metros la estatua sentada de la democracia que lo corona, y de 1,85 por 1,50 metros los altos relieves laterales, en bronce, que representan la renuncia del virrey y el pueblo ante el Cabildo.

Las estatuas se levantarán sobre pedestales de 2 metros de altura, á contar desde la plataforma.

El monumento se elevará en el centro de la plaza de la Legislatura con frente al edificio de las Cámaras, y de manera que considerado desde la Avenida Independencia, aparezca como incorporado á la Casa de Gobierno en construcción.



LA PAZ (BOLIVIA) — PALACIO DEL CONGRESO

Parécenos cumplir un deber de justicia, presentar al joven y modesto artista, autor del proyecto premiado, Lucio Rossi.

Oriundo de Laino, en Como, y de familia de artistas, Rossi hizo sus estudios en la Real Academia de Milán, y fué discípulo de los estatuarios Peduzzi y Trabucco y del arquitecto Macciachini.

En esa Academia y en la Escuela de Arte Industrial de la misma ciudad, obtuvo honrosos premios por sus trabajos, habiendo concurrido con éxito á varias exposiciones artísticas en Italia, Suiza y Francia.

De sus méritos artísticos dan prueba numerosas obras hechas para personas residentes en La Plata y en Buenos Aires, y las que hoy mismo pueden examinarse en su taller situado en La Plata.

Entre las últimas llaman la atención un busto de Mercurio, otro de Sarmiento, y un ángel prosternado, en mármol, que coronará un mausoleo que se construye actualmente en la Recoleta, trabajo que obtuvo Rossi en concurso.

La Paz (Bolivia)—Palacio del Congreso— La residencia constante del gobierno de Bolivia, es la ciudad de La Paz, pero, á pesar de esto, no cuenta con un edificio especial destinado á la reunión de las Cámaras. Han funcionado éstas en distintos puntos, unas veces en la capilla del Loreto, otras en la iglesia de San Francisco, habilitadas ambas convenientemente para el caso.

Nuestro grabado representa la vista de la capilla del Loreto, punto el más generalmente establecido para el funcionamiento de dichas cámaras, y que por tal motivo puede conceptuarse como Palacio Nacional del Congreso, ya que es el edificio en que casi siempre aquéllas funcionan.



SPORT

HIPÓDROMO ARGENTINO

REUNION DEL 1º DE AGOSTO

Argentino, fué el caballo que dió un gran golpe de efecto en el premio clásico «Invierno», base de esta reunión, proporcionando á sus partidarios un dividendo de \$ 45.98 y un descalabro á los catedráticos.

Iniciada la carrera, General Lavalle, tomó la dirección del lote que lo formaban Malakoff, Blue Boat, Thiers, Colombia, Argentino, Sebastopol, Rosmary, Venero, Mariano y Pas de Quatre: el leader era perseguido de cerca por Blue Boat, que después de recorridos uno mil metros quedó dueño del campo.

Al enfrentar la recta, Mariano y Argentino, iniciaron su calculado ataque concentrándose la lucha entre los tres caballos mencionados que ninguno cedía un palmo de terreno, pero cerca ya de la meta el hijo de Solomón y Gardenia consiguió un cuerpo de ventaja sobre Blue Boat, llegando 3º Mariano á un cuerpo de éste.

Resumen:

Premio «Remate», 1600 metros—1º Pas de Quatre, 52 1/2 kilos; 2º Estudiante 50 1/2; 3º Mundial 58 1/2.

No placé, nueve caballos.

Sport \$ 7.13, á placé 3.42; Estudiante 4.66; Mundial 4.26.

Premio «Londres», 1100 metros—1º Virrey, 54 kilos; 2º Flageolet, 54; 3º Ail 54.

No placé, dieciocho caballos.

Sport \$ 20.80, á placé 4.59; Flageolet 3.12; Ail 3.79.

Premio «Paris», 1200 metros—1º Avenir, 44 kilos; 2º Orleans, 48; 3º Hugonotte 47.

No placé, ocho caballos.

Sport \$ 9.50, á placé 3.90; Orleans 4.24; Hugonotte 5.53.

Premio «Invierno», 2200 metros—1º Argentino, 60 1/2 kilos, por Solomón y Gardenia; 2º Blue Boat 63 1/2; 3º Mariano, 62 1/2.

New York Life Insurance Company

JOHN A. MC. CALL, PRESIDENTE

SUCURSAL DEL RIO DE LA PLATA

413 - CALLE RIVADAVIA - 413

PLAZA MAYO - BUENOS AIRES

Esta compañía ha reabierto sus operaciones en la República Argentina, y llama la atención del público al siguiente resumen del estado de la compañía en:

ENERO 1º DE 1897

Activo	\$ 187.176 406 00
Pasivo — Incluyendo las reservas para pólizas.....	\$ 160.494.409 00
Sobrantes á favor de los tenedores de pólizas según certificado del departamento de estado de Nueva York.....	\$ 26.681.997 00
Total de ingresos por premios, renovaciones, etc. durante 1896.....	\$ 39.139.558 00
Total pagado á tened. res de pólizas durante 1896.....	\$ 18.483.621 00
Pólizas pagadas y en vigor Enero 1º de 1897, 299.795 por	\$ 826.816.648 00

Por detalles y planos de seguros, ocúrrase á las oficinas de la compañía.

MAITLAND S. EDYE,
Director consultor.

J. J. DOWSON,
Contador.

LA SUD-AMÉRICA

COMPAÑIA UNIVERSAL

SUD-AMERICANA DE SEGUROS SOBRE LA VIDA

CAPITAL SOCIAL . . . \$ 2.500.000

CAPITAL INTEGRADO „ 1.000.000

Junta Consultiva y de Vigilancia

DOCTOR INDALECIO GÓMEZ, SEÑOR JOSÉ TOSO, DR. JOSÉ MARÍA BUSTILLO,
SEÑOR JUAN DRYSDALE, SEÑOR ANGEL ELIA RIVAROLA

Directorio Local Administrativo

MAITLAND S. EDYE, RICARDO PILLADO,
J. J. DOWSON, Contador. DOCTOR C. NAVARRO LAMARCA, Abogado.
DR. E. GRAHAM PILGRIM, Médico.

OFICINAS EN BUENOS AIRES:

CALLE RIVADAVIA, 413 - Plaza Mayo

No placé: General Lavalle, Malakoff, Thiers, Colombia, Rosemary, Sebastopol, Venero y Pas de Quatre.
Sport \$ 45.98, á placé 14.41; Blue Boat 8.51; Mariano 3.89.
Premio «Berlín», 1800 metros—1° Veneno, 53 kilos; 2° Nobleza, 50; 3° Gavotte, 47, y Plaisanterie, 51.
No placé, siete caballos.
Sport \$ 6.25, á placé 2.66; Nobleza 3.10; Gavotte 3.37; Plaisanterie 2.34.
Premio «Roma», 2500 metros—1° Yerná, 50 kilos; 2° Oriol, 50; 3° Policeman, 53.
No placé, cuatro caballos.
Sport \$ 15.32, á placé 6.65; Oriol 11.18.
Premio «Madrid», 1800 metros—1° Salteador, 54 kilos; 2° Rose Royale, 52; 3° Violin, 55.
No placé, siete caballos.
Sport \$ 10.42, á placé 3.43; Rose Royale 3.27; Violin 3.07.

REUNIÓN DEL 8 DE AGOSTO

CITOYENNE

La victoria de la pensionista del stud Los Cardos en la Gran Polla de Potrancas, viene á establecer de una manera definitiva la superioridad de esta potranca, sobre las demás de la actual generación. El lote que se presentaba á disputarle la carrera, era en conjunto sumamente mediocre, y se citaba á Iliada, Pepina, Glicina y Devoná como los más presuntos batacazos; poco reparada era Opulencia, pensionista del stud Juncal, que había corrido con poco éxito, con solo un puesto de placé; sin embargo, desempeñó un papel bastante lucido en la prueba, lo que demuestra los progresos realizados en su preparación. Era un extremo *outsider*, pues de haber ganado hubiera dado uno de los dividendos más sonados del año.
Además de las nombradas formaban el campo: Tirana II, Tula, La Gaité, Filósofa, Tarántula y Marcela.
A la señal, aparecieron al frente, Citoyenne, Tula y Pepina, detrás en un lote encabezado por Iliada, corrían Opulencia, Tarántula, Glicina y los demás campeones, cerrando la marcha distanciada Tirana II. A poco andar se despen-

dió sin esfuerzo la favorita conducida por Pablo Aguilera y se mantuvo en tan ventajosa posición hasta la raya. Frente á las tribunas Opulencia y Devoná atropellaron con gran acción pero á pesar de sus bríos no pudieron inquietar un sólo momento á la hija de Gay Hermit que ganó por dos cuerpos; en el último instante Pepina arrebató los honores del placé á Devoná, concluyendo medio cuerpo detrás de Opulencia.

He ahí el desenlace de la Gran Polla de Potrancas, una carrera sin emociones, sin alternativas y sin lucha.

Resumen:
Premio Condese, 1800 metros—1° Pilcomayo 56 kilos, 2° Waterwich 51; 3° Brandzen 58.
No placé siete caballos.

Sport \$ 6, á placé 3.40; Waterwich 7.80; Brandzen 5.45.

Premio Nana, 1400 metros—1° Kean 55 kilos, 2° Loblete 55; 3° Rosalvina, 55.

No placé seis caballos.

Sport \$ 3.65, á placé 2.45; Doblete 2.70; Rosalvina 3.85.

Premio Mis Rovel, 1100 metros—1° Alarife 53 kilos; 2° Namuncurá 48; 3° Grillón 47.

No placé diez caballos.

Sport \$ 11.60, á placé 5.40; Namuncurá 6.85; Grillón 14.90.

Gran Polla de Potrancas, 1600 metros—1° Citoyenne 55 por Gay Hermit y Priocess (P. Aguilera); 2° Opulencia 55; 3° Pepina 55.

No placé: Iliada, Tirana II, Tula, La Gaité, Filósofa, Tarántula, Marcela, Devoná y Glicina. Sport \$ 3.10 á placé 2.50; Opulencia 11.25; Pepina 4.70.

Premio Gentlemen Riders, 1800 metros—1° Redoutable, 71 kilos, por Azur y Mysie (S. A. Sasso); 2° Zafarrancho II 68; 3° Cartujo 72.

No placé: Monck, General Las Heras, Osmán, Balmaceda, Speculación, Milico y Rodin. Sport: \$ 5, á placé 3; Zafarrancho II 4.85; Cartujo 3.45.

Premio Etoile, 2500 metros—1° Lán aro 53 kilos; 2° Flambeau 50; 3° Rosemary 55.

No placé nueve caballos.

Sport \$ 15.35, á placé 5.60; Flambeau 10.10; Rosemary 9.65.

Premio Blissful, 1800 metros—1° Pilcomayo 46 kilos; 2° Oriente 56; 3° Juncal 52.

No placé ocho caballos.

FOR EVER.

EMULSION — DE — SCOTT

Es recetada universalmente porque es muy útil en todos los casos de decaimiento orgánico y pobreza de la sangre. Es una combinación de aceite de hígado de bacalao, emulsionado y hecho fácil de tomar, sin el mal gusto del aceite y, al contrario de éste, digerible y asimilable. En dicha combinación entran los hipofosfitos que enriquecen considerablemente las virtudes del aceite. Para la Tisis, Escrófula, Anemia, Clorosis, Niños Raquíticos y Afecciones de la Garganta y Pulmones los Médicos no encuentran nada que iguale á la Emulsión de Scott.

Exíjase la legítima. De venta en las Boticas. Scott y Bowne, Químicos, Nueva York.

LA EQUITATIVA DEL PLATA

SOCIEDAD DE SEGUROS SOBRE LA VIDA

Capital Social: pesos 1.000.000 m. n.

Esta Sociedad otorga pólizas á tipos de premios moderados y en condiciones especiales aún no ofrecidas por ninguna otra Compañía.

A toda persona que envíe la fecha de su nacimiento y su domicilio, se le remitirán fórmulas ilustrativas con el costo del seguro y sus resultados estimados.

Oficina Principal: AVENIDA DE MAYO, 651

BUENOS AIRES

I. MORALES,

Director General.

**Pildoras
de
catramina**

BERTELLI

PREMIADAS CON MEDALLA DE ORO
en las Exposiciones Médicas y de Higiene
Son sumamente recomendadas
por muchísimas notabilidades Médicas contra las

TOSES y los CATARROS

INFLUENCIA-TUBERCULOSIS-BRONQUITIS
Enfermedades de las Vías Respiratorias

SE VENDEN EN TODAS LAS FARMACIAS DEL MUNDO.
Concesionarios para Argentina - Uruguay &
Paraguay: Señores PERETTI & PESTAGALLI,
Buenos-Ayres y Montevideo.



Queréis digerir bien??



Queréis la Salud??



Nicolás Mihanovich

EMPRESARIO DE VAPORES Y LANCHAS DE CARGA
para todos los Puertos de la República y Ríos

REMOLCADORES DE GRAN PODER
PARA TODA CLASE DE CABOTAJE Y ULTRAMAR

Servicio especial en el Puerto de la Capital y Puerto de La Plata

Flota de 45 vapores y 60 buques de vela

INTRODUCTOR DE CARBON CARDIFF MINA CORY'S WERTHYRS

Escritorio Principal—25 DE MAYO 144—Bs. Aires

EL AGUA DE COLONIA INGLESA DE ATKINSON

Es en absoluto la mejor que se ha fabricado.

Es la más odorífera, aquella, cuyo perfume se conserva más tiempo y es mucho más refrescante, que la preparada en Alemania.

Hágase uso solamente de la de ATKINSON | *Desconfíese de las imitaciones*

El Agua verdadera esta garantida por la etiqueta azul y amarilla en forma de escudo, y por la Marca de Fábrica « White Rose »

La LOCION para el CABELLO, con base de QUININA, de ATKINSON

Es el preparado más agradable que para la cabellera se ha fabricado.

Fortifica el cabello, estimula su crecimiento y mejora en mucho su aspecto.

SE VENDE EN CASA DE TODOS LOS PERFUMISTAS Y DE LOS FABRICANTES—J. & E. ATKINSON, 24, Old Bond Street, Londres.



PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPILLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDÈS et C^{ie} en París, 18

GERMANDREE
Polvo de Belleza inofensivo, su fi-
neza extrema, su
adherencia absoluta y su perfume sin igual,
lo colocan en el primer rango de todos los
polvos de arroz. Probarlo es adoptarlo. Se
encuentra en todas partes.
Mignot-Boucher-19, RUE VIVIENNE-PARIS

Avisos varios

SANATORIUM de los doctores *Sold y Caride*.
Avenida Montes de Oca, 1051.—Se admiten á
pensión hombres, señoras y niños, con asistencia
médica y quirúrgica.—Consultas particulares, de
2 á 3 p. m., Lima 367.

DR. JUSTO CARLE—Enfermedades de la piel
y vías urinarias.—Cerrito 38, de 1 á 3.

DR. FRANCISCO COBOS—Director por
concurso del Hospital San Roque.—Consulta-
rio: Maipú 276, de 1 á 4.

DR. SALVADOR BORGONDO—Enfermeda-
des de señoras, se curan sin operaciones por un
sistema especial. Curación garantida de todas las
enfermedades del cutis.—Artes 210, de 10 á 12 y
de 4 á 6.

DR. EDUARDO OBEJERO—Enfermedades
de ojos, nariz, garganta y oídos.—Cuyo, 748, de
1 á 4.

DR. N. ODAHL, Dentista—Operaciones sin
dolor por medio de cocaína, clorétilo, etc., etc.
Avenida de Mayo, 1111, esquina á Lima,

DRES. RAFAEL CALZADA y FERMIN F.
CALZADA—Abogados, Alsina, 670, de 1 á 4.

DR. JOSÉ TARNASSI—Abogado Victoria,
442 altos, de 1 á 4.

DR. J. COSTAU—Abogado—Avenida de Ma-
yo 715 de 2 á 4.

DR. GENARO OSORIO—Moreno, 792 de
1 á 4.

B. MITRE Y VEDIA—Traductor público y
comisionista.—S. Martín, 491. Unión Telefóni-
ca núm. 197.



ANTES DE COMER
Tómese el delicioso
APERITAL
LICOR
TÓNICO
HIGIENICO
Y APERITIVO
CUIDADO con las FALSIFI-
CACIONES y los PRO-
DUCTOS que llevan nombres
parecidos á la palabra APERI-
TAL.
Exijir siempre la última fecha
de **EMBOTELLAMIENTO**
sobre el vidrio de la botella,
los corchos, las etiquetas, el
cajon, &c., y á mas el nombre
A. DELOR y Cia.
ÚNICOS IMPORTADORES
FELIX SOULIÉ y Cia
MAIPÚ 918. — BUENOS AIRES.

IDEALES - La Sin Bombo - Tabaco Habano 20 centavos

CASA INTRODUCTORA DE VINOS

624, RECONQUISTA, 628



TEOFILO MEYER y Cia.

BUENOS AIRES

SAPOLIO

Está expresamente fabricado
para limpiar objetos de cocina,
metales y madera pintada.

ÚNICOS IMPORTADORES
JORGE BELL é Hijos
649 - CALLE DEFENSA - 649
BUENOS AIRES



BUENOS AIRES - PARIS

EMPRESA DE VIAJES CIRCULARES

ENTRE AMÉRICA y EUROPA

CON MOTIVO DE LA

Exposición Universal de París de 1900

FLORIDA 183 **DANIEL & C^{ie}** BUENOS AIRES.

La Nacional Talabartería, Lomillería y Curtiembre á vapor
— DE —
CASIMIRO GOMEZ y Ca.

155, CALLE BUEN ORDEN, 165, — entre las de Victoria y Alsina

Las más altas recompensas le han sido adjudicadas en todos los concursos
MEDALLA DE ORO en la Exposición Universal de París de
1889, por guarniciones finas en competencia con Europa y América—TRES PREMIOS
en la de Chicago de 1893.

Gran surtido de guarniciones y monturas de todas clases. Especialidad en talabartería
fina y artículos para viaje. Colección variada y permanente en bastos, caronas, recados
sobrepuestos, fiadores y todo lo concerniente al ramo de lomillería en general.

Los encargos son despachados con prontitud por estar sus talleres montados con los
elementos más modernos que se conocen. TALLERES ESPECIALES para la confección de mon-
turas reglamentarias para el ejército argentino.

A. PRAT - Tintorería

140, CALLE SUIPACHA, 140

Se tiñe y limpia toda clase de ropa y telas. Se lavan y planchan de
nuevo toda clase de cortinas de muselina. Compostura de ropa de hom-
bres y de niños.

Sucursales:

375, CHACABUCO, 375
71, CALLAO, 87

782, BUEN ORDEN, 790
P. DE JULIO, 1428

BUENOS AIRES

A LA CIUDAD DE LONDRES

TIENDA LA MAS VASTA Y MEJOR SURTIDA DE BUENOS AIRES—AVENIDA DE MAYO—CALLE PERÚ—CALLE VICTORIA

Primera casa en Buenos Aires habiendo establecido el sistema de vender todo de CONFIANZA y á PRECIO FIJO lo que le ha valido un éxito sin igual hasta hoy

SEDERIAS - PRIMAVERA - SEDERIAS

GÉNEROS DE FANTASÍA PARA VESTIDOS!! Acabamos de recibir por los vapores Bresil, Chili,
Cordilleras, Espagne, Island, Nary, un lindísimo lote de Sederias de alta novedad para la estación
de PRIMAVERA y 20.000 piezas géneros de todas clases para vestidos. Avisamos á nuestros favorece-
dores y al público en general que el LUNES 16 de AGOSTO y días siguientes pondremos en venta dichas mercaderías, á precios desafiando

TODA CLASE DE COMPETENCIA

A MAS: Ofrecemos Ocasiones Excepcionales en los artículos siguientes: Tapados y Vestidos, Sombreros, Guantes, Corsés, Mercería, Perfumería, Guarniciones, Puntillas, Encajes y
Tules, Calzados, Pañuelos, Ropa blanca, Ajueres para novias, Géneros blancos, de hilo y de algodón para uso de familia, Camas de todas clases, Bonetería, Medias, Camisetas.

A MAS: EXPOSICION Y VENTA EXCEPCIONAL

de un completo y enteramente nuevo surtido en Artículos de menaje, Cristalerías, Lozas, Porcelanas, Baterías de cocina y todos los accesorios para el uso de la Cocina y del Comedor
Sala, Dormitorio, Artículos Especiales para Hoteles, Restaurants, Cafés. Confeiterías etc.

LA PROVEEDORA

CIGARRERIA Y FÁBRICA DE TABACOS

DE MANUEL DURAN

ARTES y PIEDAD — Buenos Aires



Los cigarrillos "HABANA BOUQUET" son inmejorables.

JABON DE REUTER PARA EL CUTIS



DELICADEZA Y RIQUEZA DE PERFUME

son las cualidades más características del Jabón de Reuter, que en este particular deja á gran distancia á todos los otros jabones de tocador.

Una vez que se pruebe nadie querrá carecer de él

L'ADHEMAR

MAISON DE BLANC

CASA FUNDADA EN 1885
ANGALLO y SUIPACHA

Casa de confianza y de
precio fijo.

Importadora de artículos
franceses é ingleses.

Ropa blanca y de punto.
Especialidad en ajuares
de casamientos, etc.

TIENDA San MIGUEL Fundada en 1857 ELIAS ROMERO y CIA

EXPOSICION PERMANENTE DE ALFOMBRAS



TE AGUILA

Schelp
& Schelp

375-Balcarce-377

BUENOS AIRES



